

Unidad y Carismas

En la tierra como en el cielo

Una antropología para el tercer milenio

Jesús Morán

Todo parte del amor

Chiara Lubich

Siete palabras para
un crecimiento unitario de la persona

Caterina Mulatero

Dones y carismas en comunión.

Desafíos y responsabilidades

José-Damián Gaitán, o.c.d.

Clara Luce Badano. Una obra maestra de Dios

Mariagracia Baroni

Encontré la serenidad y la paz

Giovanni Marconcini, im.c.

Unidad y Carismas

Revista trimestral de espiritualidad y comunión

Edición española

Edita: Movimiento de los Focolares (R-2800178-B)
Andrés Tamayo, 4. 28028 Madrid

Director responsable: José Damián Gaitán, o.c.d. **Composición:** José Luis Belver, o.s.a.
Administración: Joaquín M^a Vicente, o.carm. Ayala, 35. 28001 Madrid.
Tel. 914351660 - Fax 914351786 - e-mail: unidadycarismas@gmail.com
Suscripciones: España 12 € - Europa 14 € - Otros Países 16 €
Transferencia a Banco Sabadell, nº de cuenta: 0081/0155/89/0002110519

Edición italiana

«Unità e Carismi», Fabio Ciardi, o.m.i.,
Via della Selvotta, 25
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.
unitaekarismi@cittanuova.it

Edición inglesa

«Charisms in Unity», Theo Jansen, ofmcap
Loc. S. Vito, 53 Loppiano
50064 Incisa Valdarno, Firenze, Italia
tjansen@ofmcap.org

Edición francesa

«Unitè et Charismes», Roger Bourcier, fsg
10, av. Rémy René-Bazin
85290 St-Laurent-sur-Sevre, Francia
unitecharismes@focolari.fr

Edición alemana

«Charismen. Ordenschristen in Kirche und Gesellschaft», Hans Schalk, cssr
Kaulbachstrasse 47
D - 80539 München, Alemania
schalk@redmuc.de

Edición eslovena

«Edinost in Karizme», Leopold Grcar, ofm
SI - 4243 Brezje 72, Eslovenia
Leopold.grcar@rkc.si

Edición polaca

«Jednosc i Charyzmaty», Ludwik Mycielski, osb
Biskupow 72 PL
48-355 Burgrabice, Polonia
ludwik@benedyktyni-biskupow.org

Edición portuguesa

«Unidade e Carismas», Germano van de Meer, svd
C.P. 18 - 06730-970 Vargem Grande Paulista SP, Brasil
centrofoco@uol.com.br

AVISO IMPORTANTE A LOS LECTORES

Estimados lectores de “Unidad y Carismas”:

Les comunicamos que después de este número 76 de la revista, dejaremos de imprimirla en papel, o sea, que su distribución no se hará mediante el correo postal.

En adelante la seguiremos editando, pero en formato digital. Hoy día, en los ámbitos a los que pueda llegar nuestro mensaje, es raro que ya no se disponga de internet, utilizando cada vez más este sistema rápido, seguro y más barato como formidable medio de comunicación.

Por tanto, una vez al trimestre (en los meses de marzo, junio, septiembre y diciembre) colocaremos “Unidad y Carismas” en internet con acceso público, gratuito, con la posibilidad de que se pueda imprimir parcial o totalmente, según se desee.

El próximo número, 77 de la revista, ya se podrá encontrar accediendo a la siguiente dirección: www.unidadycarismas.es

En dicha página web aparecerá también esta otra dirección: redaccion@unidadycarismas.es como una ventana para el diálogo y comunicación entre la dirección de la revista y los lectores y de éstos con la dirección.

Esperamos que nuestra publicación siga ofreciendo a la vida consagrada, a los sacerdotes y a los laicos, el servicio que, partiendo del carisma de la unidad, propio de la Obra de María (Movimiento de los foculares), sea provechoso como hasta el presente y, a través de la edición online, se difunda mucho más.

Con nuestro deseo de un Feliz Año 2011.

LA REDACCIÓN

EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

Editorial

Armonía y comunión *Santiago Sierra, o.s.a.* 3

Perspectivas

Una atropología para el tercer milenio *Jesús Morán* 4

Todo parte del amor *Chiara Lubich* 13

Siete palabras para
un crecimiento unitario de la persona *Caterina Mulatero* 16

Dones y carismas en comunión:
Desafíos y responsabilidades *José-Damián Gaitán, o.c.d.* 24

Testigos

Clara Luce Badano.
Una obra maestra de Dios *Mariagracia Baroni* 30

Experiencias

Encontré la serenidad y la paz *Giovanni Marconcini, i.m.c.* 35

«Fui forastero y me acogisteis» *Alois Schlachter, c.pp.s.* 39

Redacción

Carlos García Andrade, c.m.f.; Joaquín M^a Vicente, o.carm.; José Luis Belver, o.s.a.; Juan Gil, o.carm.; José Damián Gaitán, o.c.d.; Santiago Sierra, o.s.a.

Armonía y comunión

«Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo» (Juan Pablo II, NMI 43).

El camino cristiano es comunión de personas como en la Trinidad. Y dentro de la Iglesia la vida consagrada, como expresión de la diversidad carismática con la que el Espíritu Santo la enriquece y la hace siempre nueva y la llena de vida, se configura como espacio humano habitado por la Trinidad, de tal manera que la armonía y la comunión son dos realidades imprescindibles para entender el ser y el deber ser de esta vida consagrada y su auténtica misión en el mundo y en la Iglesia.

Frente a tantos fragmentalismos y divisiones, a nivel personal y a nivel social, la antropología trinitaria, que se desprende de la espiritualidad de la unidad, ilumina y sirve de modelo para nuestro compromiso de armonía y de comunión, abriendo nuevos senderos de relación entre los carismas.

En este número de nuestra revista, *J. Morán*, partiendo del actual emerger antropológico e identificando la intersubjetividad como el nuevo paradigma cultural, presenta un proyecto de humanismo que, nacido del carisma de la unidad de Chiara Lubich, hunde sus raíces en el modelo trinitario, tiene como medida el misterio de Jesús Abandonado, y ve en María la figura-tipo de su realización. Sobre esta misma base, *C. Mulatero* expone cómo el paradigma de la unidad ofrece un modelo organizativo, los “siete aspectos”, que lleva a vivir una cierta unificación interior y exterior, y que ofrecen un camino para plasmar con mayor integración y armonía todas las dimensiones que miran a la persona y a la colectividad.

J. D. Gaitán ilustra el proyecto de nuestra revista “*Unidad y Carismas*”, señalando su aportación al diálogo entre los carismas como fuente de nuevos caminos para la renovación de la vida consagrada.

Un testimonio de luz, el de Clara Luce, que, en la breve existencia de 18 años, vivida a la luz del carisma de la unidad, se nos muestra como verdadera obra maestra de Dios, habiendo sido propuesta por la Iglesia como modelo para los jóvenes y para todos al ser beatificada el 25 de septiembre de 2010.

Finalmente, las experiencias de dos religiosos, vividas en ambientes distintos, pero partiendo siempre de la misma realidad de fondo: la unidad, luz que ilumina, armoniza y lo ordena todo.

Santiago Sierra, o.s.a.

Una antropología para el tercer milenio

Jesús Morán

El autor, después de una breve panorámica sobre las paradojas de la cultura postmoderna y un breve excursus histórico sobre los distintos esquemas antropológicos que la preceden, presenta el humanismo de la unidad, que brota del carisma de Chiara Lubich, como propuesta antropológica para el tercer milenio.

DIVIDO mi exposición en cuatro apartados. El primero es una descripción sucinta del actual contexto cultural, con sus contradicciones y sus repliegues antropológicos, tal como lo describen algunas voces autorizadas. En el segundo presento un breve *excursus* sobre las grandes etapas de la historia que preceden al momento actual. En el tercero intento reflexionar sobre los desafíos que todo esto representa para la autoconciencia de la Iglesia. El cuarto es un intento de exponer la aportación que el carisma de la unidad de Chiara Lubich puede dar a la actual “emergencia antropológica”.

«La segunda modernidad» y sus aporías

El proceso llevado a cabo en Occidente desde hace al menos tres siglos se describe generalmente como un camino de moderni-

zación que, desde el punto de vista antropológico, significa, en rigurosa síntesis, un proceso de individualización. Z. Bauman, en un ensayo que se titula *Individualmente juntos*, lo describe en estos términos: «*La individualización consiste en el paso de una visión de la identidad humana como algo ‘dado’ a una como ‘tarea’, y en la atribución a los actores de la responsabilidad de la realización de dicha tarea y de las consecuencias (los efectos colaterales) de sus acciones. En otras palabras, consiste en la institución de una autonomía de iure (no necesariamente de una autonomía de facto). Los seres humanos no vienen ya al mundo con sus identidades definidas*»¹. Lo característico de la época moderna, según él, es esta carrera hacia la autodeterminación.

Los resultados, sin embargo, no son los que cabría esperar: «*La capacidad autoafirmativa –prosigue– de las mujeres y de los hombres individualizados, por lo general, no consigue lo*

que se pediría de una efectiva autoconstitución»², es decir, una sociedad más digna del hombre y vivible para todos, una convivencia entre iguales solidarios.

Al contrario, parece que el proceso en general está llevando a una especie de «desintegración de la ciudadanía»³, con consecuencias destructoras para los mismos individuos. Lo que al final encontramos son «‘comunidades’ frágiles y de breve duración como también emociones dispersas y volátiles, que saltan de modo errático de un objetivo a otro y que van de una parte a otra en una búsqueda vana de un puerto seguro: comunidades fundadas en preocupaciones compartidas, en miedos y odios comunes, pero, en cualquier caso, comunidades temporales»⁴.

Bauman cita a U. Beck para afirmar que lo que está emergiendo de esta disolución es «el yo desnudo, agresivo, asustado, en una búsqueda desesperada de ayuda y amor. En esta búsqueda de sí mismo y de una sociedad solidaria, se pierde fácilmente en la jungla del sí... Un ser desorientado en la niebla de su sí es ya incapaz de tomar conciencia que este aislamiento, este ‘confinamiento solitario del yo’, es una condenación general»⁵.

Y concluye: «Esta enorme distancia entre el derecho a la autoafirmación y la capacidad de controlar los contextos sociales, que hacen tal autoafirmación posible o irreal, parece ser la principal contradicción de la ‘segunda modernidad’; una época que, a través de tentativas y errores, reflexiones críticas y audaces experimentaciones debemos descubrir colectivamente y afrontar colectivamente»⁶.

Bauman es partidario de la idea de “radicalizar la modernidad” para encontrar una posible solución⁷. Pero ¿cómo? ¿En qué dirección ir? Por su parte, J. Rifkin, en su último libro *La civilización empática*, en el que ofrece una lectura de la historia de las civilizaciones desde este punto de vista, propone profundizar en las cualidades humanas que podrían hacernos salir de la crisis actual:

«Civilizaciones cada vez más complejas –afirma– y hambrientas de recursos permiten al hombre comprimir el espacio y el tiempo, esparcir... una especie de sistema nervioso central colectivo para abrazar áreas cada vez más bastas de la existencia. Hacemos todo esto para encontrar significado a través de la pertenencia a un ámbito más rico y profundo de la realidad»⁸.

Y advierte: «Una idea radicalmente nueva de la naturaleza humana está lentamente emergiendo y adquiriendo fuerza, con implicaciones revolucionarias sobre el modo como, en los siglos venideros, interpretaremos y organizaremos nuestras relaciones sociales y ambientales. Hemos descubierto el Homo empaticus»⁹.

Me parece que los textos citados hasta aquí pueden representar perfectamente la autoconciencia lúcida y sufrida del trascurrir existencial de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. El diagnóstico parece acertado. Pero la etiología profunda de los fenómenos, y sobre todo los posibles caminos de maduración y superación de los mismos, están todavía en fase de elaboración.

Breve excursus histórico

Esta “segunda modernidad”, caracterizada por ese fenómeno que se ha llamado “individualización”, en la cual se indicia –si queremos aceptar la tesis de Rifkin– un nuevo tipo de hombre, representa el último eslabón de un largo recorrido histórico, en el que tal vez valga la pena detenerse por un momento.

Para las posibles características de este recorrido, al menos por lo que se refiere a Occidente, voy a seguir aquí de cerca lo que G.M. Zanghi ha expuesto en diversos trabajos suyos¹⁰. Para él, la historia occidental nos ha propuesto diversas concepciones del hombre, diversas antropologías, todas unidas a un determinado modo de pensar. Hay que notar que estas diversas etapas no son compartimentos estancos, perfectamente

delimitados en el tiempo y en el espacio, sino sólo grandes líneas históricas (estamos más en la filosofía de la historia que en la historia misma), que se superan las unas a las otras, incluso conviviendo y mezclándose en fases sucesivas.

El nuevo paso a dar sería cambiar el no negativo del rechazo en el no positivo del Amor, en un vuelco decisivo del nihilismo. Sería esta la tercera etapa: «*el pensar como Amor*».

La primera etapa sería la caracterizada por «*el pensar como mito*». Sus rasgos fundamentales serían los siguientes: la inmersión en lo divino, concebido como regazo del que no se distingue el hombre; la comunión profunda con el universo; el sentido total de dependencia; la sacralización y ritualización de la existencia; el dominio de la clase sacerdotal; la percepción difusa de una laceración misteriosa en el Uno envolvente de la realidad.

En la cultura mitológica el sujeto pensante es el grupo y el objeto pensado es lo divino. El todo –pensante y pensado– envuelto por la luz de lo divino. La categoría fundamental del pensamiento es la memoria, que reproduce la realidad originaria en la que se quiere siempre permanecer. “Prevalece el Bien” y emerge la figura de la Gran Madre, que “lo custodia y lo nutre todo”.

La segunda etapa sería la caracterizada por “el pensar como logos”. Estamos en la llamada “época eje”, con el fenómeno del profetismo en Israel, Buda y los Upanishad en la India, Confucio y Lao-Tsé en China, Zoroastro en Irán, los presocráticos en Grecia. Sus rasgos esenciales son: el hombre se sitúa frente al divino, percibiendo a este como distinto de sí; surge *el logos* como modo de pensar lo divino; el pensar como decir y no

como mirar o sumergirse; el emerger de sabios o pensadores.

En la cultura del *logos* el sujeto pensante es el *hombre individual* y no el grupo. Se trata de concebir el todo, pero a partir del individuo y, por tanto, del *logos* que concibe. El objeto pensado será la “múltiple, variada y cambiante realidad de las cosas”. Y el todo –pensante y pensado– vistos cada vez más a la luz de la razón.

La cultura del *logos* llega hasta la modernidad, que radicalizará el predominio de la razón hasta el *climax* del idealismo hegeliano, al que le sigue la reacción irracionalista, el nihilismo y la postmodernidad. Por otra parte, no olvidemos –añade Zanghí– que es precisamente en esta cultura del *logos* donde surge el cristianismo con la revelación del Verbo eterno que se encarna para indicar el camino de la verdadera divinización, percibida difusamente en el mito y nunca alcanzada por la cultura del *logos* a causa del inevitable replegarse de la razón sobre sí misma y por su incapacidad para superar e integrar la unidad y la distinción.

En efecto –dice Zanghí– «*El hombre... ha completado este recorrido, iniciado en el mito y madurado en el logos, añadiendo por su parte el pecado. Ese NO misterioso, presentado ya en el mito como íntimo a la realidad de lo divino (y que el Logos encarnado revelará como el Ser mismo de Dios, la Trinidad, Amor-abierto-en-el-Don), es percibido por el hombre “tentado”, y se ha convertido para él en el no negativo del rechazo. Casi como que el hombre no hubiera sido capaz por sí mismo de sostener la fuerza del Amor que es Dios Trinidad en el fuego de la unidad-distinción: habría que esperar al Logos eterno en la carne creada del Logos encarnado*»¹¹.

El nuevo paso a dar sería cambiar el no negativo del rechazo en el no positivo del Amor, en un vuelco decisivo del nihilismo. Sería esta la tercera etapa: «*el pensar como Amor*». Sobre esto volveremos a la reflexión de Zanghí más adelante.

También se podría decir, usando otras hermenéuticas, y siempre con el riesgo de simplificar las cosas, que la primera es una etapa *cosmoteocéntrica*; la segunda *logo-antropocéntrica* y la tercera –si se logra– *personalística*. Esta tercera etapa se sitúa plenamente en el horizonte de la “segunda modernidad”. En esta línea, propuestas del tipo “homo empaticus” –como las de Rifkin– se colocan en el proceso que, en el surgir de la persona, debería conducir el proceso de individualización (Bauman) hacia la meta de la personalización.

Pero ahí está la dificultad. Porque se trata de un problema metafísico del que depende la naturaleza de la convivencia humana. En efecto, alguien ha afirmado que «*el verdadero problema de la convivencia estriba en que se nos diga en qué medida y en qué modo los otros forman parte de mi propia realidad y, recíprocamente, en qué medida yo formo parte de la realidad de los otros*»¹². Estamos, pues, frente a una cuestión de fundamentos.

Un desafío eclesial

La Iglesia, “experta en humanidad” y anclada en la sabiduría del Evangelio, busca acompañar las vicisitudes de los hombres y mujeres en la actual coyuntura histórica, profundizando cada vez más los puntos de humanización de su mensaje. Y no podría ser de otra manera, si reconocemos –como debemos reconocer– que, precisamente porque es “experta en humanidad”, también la Iglesia sufre en sus hijos el dramatismo de los procesos históricos, con sus sombras y sus luces, con sus conquistas y sus derrotas, con sus fracasos y sus esperanzas.

El hecho es que hoy, apenas iniciado el tercer milenio de nuestra era, asistimos a una verdadera “emergencia antropológica”, que envuelve prácticamente todos los ámbitos del obrar y del ser humano, y la Iglesia

quiere ser cada vez más un representante autorizado de dicha emergencia. De hecho, al parecer actualmente no se puede afrontar ninguna problemática con lucidez si no se toca el sustrato antropológico de la misma. Esta perspectiva actual, que va adquiriendo una mayor dimensión de profundidad y de síntesis, parece ser un gran bien, pero también es un gran desafío.

En esta línea el pontificado de Juan Pablo II se inauguró con la encíclica *Redemptor hominis*, en la que el Papa reafirmó con fuerza la doctrina según la cual el hombre es y será siempre el camino de la Iglesia. En sus páginas resuena la afirmación de la *Gaudium et spes*: «*Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación*» (nº 22). El misterio del hombre, en efecto, se encierra en el misterio del hombre-Dios que lo manifiesta.

«La transición que el proceso de globalización comporta, conlleva grandes dificultades y peligros, que sólo se podrán superar si se toma conciencia del espíritu antropológico y ético que en el fondo impulsa la globalización hacia metas de humanización solidaria».

Y Benedicto XVI comenzó su ministerio proclamando la mayor *novedad* del cristianismo: *Deus caritas est*, desvelando así el verdadero rostro de Dios y su estar en y ante sus criaturas. Amor que se hace esperanza para el hombre (*Spes salvi*), es decir, prenda de justicia terrena y gloria eterna. Amor que se identifica con la verdad (*Caritas in veritate*=CiV), y que llega a ella porque de ella proviene.

Es precisamente en la *Caritas in veritate* en donde encontramos mejor desarrollada esta

corriente antropológica que caracteriza la doctrina de la Iglesia de hoy: «*Hoy es preciso afirmar que la cuestión social se ha convertido radicalmente en una cuestión antropológica*» (n. 75). Si «*el mundo sufre por falta de pensamiento*» –afirma repitiendo el lema de Pablo VI en la *Populorum progressio*– este vacío sólo puede ser colmado por una «*nueva síntesis humanística*» (n. 21), una verdadera “renovación” que supere el “*achataamiento*” que invade la cultura actual.

Se trata de tender hacia un desarrollo moral que exiga también un esfuerzo de inteligencia y de amor, reunidos en una nueva síntesis, para «*que los diversos niveles del saber humanos sean interactivos*» en una «*interdisciplinaria ordenada*» (n. 30). Urge, por tanto, una ampliación del concepto de razón para hacerla capaz de acoger la verdadera realidad del hombre y los desafíos a los que las nuevas dinámicas mundiales lo están sometiendo.

Con una mirada sapiencial y sintética sobre todo este proceso, Benedicto XVI afirma: «*La transición que el proceso de globalización comporta, conlleva grandes dificultades y peligros, que sólo se podrán superar si se toma conciencia del espíritu antropológico y ético que en el fondo impulsa la globalización hacia metas de humanización solidaria... Esto consentirá vivir y orientar la globalización de la humanidad en términos de relationalidad, comunión y participación*» (n. 42).

Desde una perspectiva más intraeclesial, la *Novo millennio ineunte* de Juan Pablo II se situaba también en la misma línea de una llamada a la humanización-comunión, para dar a la Iglesia del tercer milenio la dimensión profética necesaria que la haga levadura y sal en la masa de la sociedad. Se trata de centrarse «*en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste*» (n. 29) ¹³.

En esa Carta Apostólica el papa Wojtyła indicó el paso hoy inexorable y necesario de una “*eclesiología de comunión*”, propuesta como doctrina por el Vaticano II –es decir, como autoconciencia de la Iglesia– a una “*espiritualidad de comunión*” como praxis cristiana. Y para ser más concretos, Juan Pablo II no dudó en proponer la creación de «*escuelas de eclesiología de comunión*» (n.43) ¹⁴, donde se pueda aprender y practicar la vida comunitaria en su verdadera esencia.

Todo esto nos sitúa frente a la necesidad de disponer de una pedagogía de las relaciones comunitarias, para no quedarse únicamente en el ámbito de las declaraciones y de los voluntarismos.

Para esto la Sabiduría Eterna de Dios pensó los diversos carismas que han ido apareciendo a lo largo de la historia de la humanidad. Estos dones, que vienen de lo alto, más allá de constituir en sí mismos respuestas “no previstas” a los grandes problemas humanos de cada tiempo, se sitúan en relación sinérgica con el Magisterio y con la vida de la Iglesia en general. Se trata de una sinergia no sólo afectiva o estratégica, sino estrictamente teológica, que tiene sus raíces en la coesencialidad entre carisma e institución (*ministerio petrino y ministerio mariano*).

Este es el punto de vista desde el que debemos considerar el carisma de la unidad de Chiara Lubich, dado por el Padre a la Iglesia y a la humanidad. Precisamente en la transición al tercer milenio este carisma, por su dinamismo interno y ordenado, parece que posee en sí una propuesta de humanización para nuestro tiempo: *el humanismo de la unidad*.

La búsqueda de “plenitud”

Retomo ahora el discurso de G.M. Zanghí que había seguido en la parte referente al

excursus histórico sobre las vicisitudes de la cultura occidental. Según este autor, la tercera etapa del recorrido histórico de Occidente –apenas intuida y totalmente por desarrollar– sería “*el pensar como Amor*”. Sería la cultura del Espíritu, que nos introduce en el misterio de la Trinidad, seno de infinito Amor que contiene y refleja el verdadero rostro de Dios y el verdadero rostro del hombre. El Amor, de hecho, nos injerta en la dinámica de las relaciones trinitarias, donde adquiere sentido lo mejor de los procesos históricos, pero superándolos y transfigurándolos.

Ahondemos ahora un poco en este nuevo paradigma. En un interesante escrito, recogido en el volumen de inéditos póstumos sobre el problema teológico del hombre, el filósofo español Xavier Zubiri, al hablar de la relación entre el cristianismo y el hombre actual, contesta la visión tradicional según la cual el cristianismo sería primera y formalmente una religión de la salvación. Esto sería lo mismo que decir que el cristianismo mira al hombre desde su constitutiva situación de indigencia.

En cambio, según él, el cristianismo es una religión de la salvación sólo como consecuencia. Primera y fundamentalmente sería –citando Rm 2, 20– «*morphosis*», «*una conformación divina del hombre entero... una deiformidad*»¹⁵. Según esto habría que afirmar que el cristianismo alcanza al hombre no en su condición de indigencia, no en sus fracasos, sino en sus “éxitos”.

En nuestro tiempo, un tiempo en el que –como decía Bauman– ningún hombre viene al mundo con una identidad definida, es decir, en el mundo de la autodeterminación como valor fundamental, creo que la afirmación del pensador vasco debe ser tomada en serio por su clarividencia. De hecho, mirando la actualidad, concluye: «*El punto de coincidencia entre el hombre actual y el cristianismo no es la indigencia de la vida sino su pleni-*

tud”¹⁶. La teología debería adecuarse, pues, a este cambio de perspectiva.

Me parece que el carisma de la unidad es un don especial del Espíritu para estos tiempos de “plenitud” (no porque todo funcione bien, entendámonos, sino en el sentido expresado por el filósofo español: plenitud como nueva autoconciencia del hombre –no obstante todas las dificultades y limitaciones– que quiere centrar la vida sobre sí mismo).

El hombre de hoy, en efecto, parece querer reclamar algo que, llevando al máximo sus posibilidades, pueda reconocerlo como propio. Sería un *recibir* que llegue a percibirse como algo que surge de su esencia más íntima. Un don que le hacer ser más, sin tener que regresar a un estado de sumisión infantil. Una auténtica “radicalización de la modernidad” donde “el yo desnudo” deje atrás su agresividad y sus miedos en una nueva unidad con los otros, con el Universo, con el UNO, con Dios.

¿No será –lo repetimos ahora con más fuerza– precisamente un renovado anuncio del Dios Uno y Trino, de Dios Amor, un anuncio hecho vida y relaciones trinitarias, lo que el hombre de hoy espera para lograr su problemática plenitud?

Perspectiva trinitaria

«*Inmersa en la vida trinitaria, Chiara ha sido impulsada a dar forma ‘trinitaria’ a toda realidad*», dice espléndidamente Zanghi¹⁷. Hace más de medio siglo que el carisma de la unidad está intentando presentar esta visión a la humanidad. Y lo hace en sus múltiples dimensiones: como espiritualidad, como doctrina, como proyecto social. Creemos que se puede decir que en dicho carisma es posible encontrar una antropología portadora de importantes novedades.

Es una antropología trinitaria que, plenamente incardinada en el *humus* del Ma-

gisterio y de la reflexión teológica contemporánea, ofrece su aportación a partir de su realidad carismática. Es una síntesis que tiene la virtud de iluminar la persona humana en su esencia pura, es decir, vista desde el designio eterno del Padre, desde la Uni-Trinidad.

Su perspectiva es genuinamente bíblica y escatológica, en cuanto que desvela nuestro ser en el ser del Verbo encarnado-resucitado: lo que ya somos en Él, lo que seremos eternamente, la persona plenamente desplegada en amor a imagen de las personas divinas en el Amor infinito de la Trinidad. El acontecimiento de la cruz, con el sorprendente y desgarrador grito del abandono del Hijo, es la puerta de acceso, la clave de lectura –siempre desafiante para la razón humana– de este infinito misterio.

Me permito transcribir aquí un texto-síntesis de Chiara Lubich, que nos puede ayudar a adentrarnos en la visión que ofrece en este sentido el carisma de la unidad:

«Jesús, sobre todo en el evento pascual de la pasión que nos trae la redención y la efusión del Espíritu, nos revela el Ser de la Trinidad como Amor. De este misterio, en efecto, el crucificado es la imagen visible, la traducción perfecta en el mundo creado.

Jesús abandonado es el milagro del anonadamiento de lo que es, para que el ser sea. Milagro sólo comprensible para quien conoce el Amor y sabe que en el Amor todo y nada coinciden. Por esto él, ‘potencia de Dios y sabiduría de Dios’ (I Cor 1, 24), se nos ha presentado como ventana de Dios abierta sobre el mundo y como ventana de la humanidad a través de la cual poder contemplar a Dios.

El Padre engendra al Hijo por amor: saliendo, por decir así, del todo de sí, se hace, en cierto modo, ‘no ser’ por amor; pero es así precisamente como es Padre. El Hijo, a su vez, como eco del Padre, vuelve por amor hacia el Padre, se hace también él, en cierto modo, ‘no ser’ por amor, y

justamente así es Hijo; el Espíritu Santo, que es el amor recíproco entre el Padre y el Hijo, su vínculo de unidad, se hace, también él, en cierto modo, ‘no ser’ por amor, un no ser y un ‘vacío de amor’ en el que el Padre y el Hijo se encuentran y son uno: es precisamente así como es Espíritu Santo.

Si consideramos el Hijo en el Padre, el Hijo lo debemos pensar, por consiguiente, como nada, nada de Amor, para poder pensar a Dios-Uno. Y, si consideramos el Padre en el Hijo, debemos pensar al Padre como nada, nada de Amor, para poder pensar a Dios-Uno.

Las tres Personas de la Santísima Trinidad son Uno porque el Amor no es y es al mismo tiempo. El Padre es distinto del Hijo y del Espíritu, aun conteniendo en Sí al Hijo y al Espíritu. Lo mismo, por tanto, el Espíritu, que contiene en Sí al Padre y al Hijo; y el Hijo, que contiene en Sí al Padre y al Espíritu Santo. En la relación de las Personas divinas, es decir, cada una de ellas, porque es Amor, completamente es no siendo: porque está toda perijoréticamente en las otras, en un eterno darse.

A la luz de la Trinidad, como la vemos en Jesús abandonado, Dios que es el Ser, se revela, por así decir, manteniendo en su intimidad el no-ser como don de Sí: no el no-ser que niega al Ser, sino el no-ser que revela al Ser como Amor. Es este el dinamismo de la vida intratrinitaria, que se manifiesta como un incondicionado don recíproco de sí, como mutua anulación por amor, en total y eterna comunión.

Una análoga realidad ha sido puesta por Dios en la relación entre los hombres; así lo hemos advertido desde que Dios nos ha dado su luz. He percibido yo misma, hace algunos años, el haber sido creada como un don para el que está a mi lado, y que, quien está a mi lado, ha sido creado por Dios como don para mí, como el Padre en la Trinidad es totalmente para el Hijo y el Hijo es totalmente para el Padre. Y por esto la relación entre nosotros es el Espíritu Santo, la misma relación que existe entre las Personas de la Trinidad. Es la vida de la Santísima Trinidad la que

debemos intentar imitar, amándonos entre nosotros, con el amor infundido por el Espíritu en nuestros corazones, como el Padre y el Hijo se aman entre ellos"¹⁸.

De este densísimo y bellísimo texto podemos deducir, como conclusión fundamental, que el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, tiene una estructura formalmente trinitaria. Dios nos ha pensado y nos ha hecho así. Esto somos, este es el ese "algo más" que podemos ofrecer a la plenitud del hombre contemporáneo. El hombre alcanza a Dios, lo es (*deiformidad, theantropía participada*) en Él, en el amor, en el NO positivo que Cristo ha abierto en el abandono, siendo plenamente él mismo y superando la amenaza de la soledad y la agresividad del puro yo.

Sumergiéndonos en la vida trinitaria, perdiéndonos en ella en el amoroso abrazo de Jesús Abandonado en nosotros y entre nosotros, recibimos una especie de nueva naturaleza. Es el don más desconcertante, la síntesis de nuestros ideales; es personalización en acto, relacionalidad cumplida, síntesis de opuestos (yo-tú, yo-nosotros, hombre-mujer, hombre-Dios, autonomía y heteronomía, vida mística y vida cotidiana, acción y contemplación); es vida y pensamiento, conciencia del límite y apertura a lo infinito, sabiduría e inocencia. Es vida de Paraíso.

El humanismo de la unidad

Ahora quiero esbozar en síntesis algunas de las realidades que comporta el humanismo o la antropología de la unidad.

Una visión del ser: el ser como amor. Más allá de la ontificación del ser planteada por la razón, que acaba por apresarlo identificándolo con ella misma, y sin llegar al ser-nada heideggeriano que lo disuelve, el ser como amor muestra el rostro de un Dios infinito, el amor que es Dios mismo que, siendo, hace

«Y, si tenemos en cuenta que esta nueva espiritualidad que Dios ofrece a la Iglesia llega incluso a responsables de la sociedad y de la Iglesia, comprendemos inmediatamente que este carisma no hace un castillo exterior sólo de nuestra Obra, sino que tiende a hacerlo también del tejido social y eclesial»

ser en la medida que es recibido como tal, como dice Benedicto XVI (cf. CíV 34).

Una visión del sujeto: el sujeto es Jesús, y muchos hechos uno en él, permaneciendo distintos («*todos vosotros sois uno en Cristo Jesús*», Gal 3, 28), el *Alma*, lo llama Chiara, "aquella Una que nos unía a todos"¹⁹, el Resucitado en medio de nosotros, como realidad escatológica, en la cual nos inserta el amor recíproco.

Una visión de la relacionalidad: las relaciones trinitarias. Como dijo J.L. Marion: «*Yo recibo mi individualidad insustituible del avanzar del otro en su mirada; yo me recibo, pues, como insustituible por su propio éxtasis*»²⁰. Y Zubiri: «*El hombre es absoluto en la alteridad*»²¹. Pero sólo en la medida en que la alteridad, espléndidamente descubierta y profundizada por el personalismo, se concibe como relación constitutiva y constituyente, y por tanto se vive como comunión.

Una visión del saber: la sabiduría como pensamiento de Cristo («*nuestro modo de pensar es el de Cristo*», 1Cor 2, 16).

Una visión de la espiritualidad: la espiritualidad de comunión, basada en el trinomio Dios-el hermano-yo.

Un proyecto cultural y social: «*Que todos sean uno*» (cf. Jn 17, 21).

Chiara Lubich nos ha dejado una imagen muy bella, *el castillo exterior*, que puede ayudarnos a comprender con claridad el dinamismo espiritual y antropológico de esta nueva visión:

«Ha llegado el momento –afirma–, al menos ésta es nuestra vocación, de descubrir, iluminar y edificar, además del castillo «interior», también el castillo «exterior».

Nosotros vemos todo el Movimiento como un castillo exterior, donde Cristo está presente e ilumina todas sus partes, del centro a la periferia.

Y, si tenemos en cuenta que esta nueva espiritualidad que Dios ofrece a la Iglesia llega incluso a responsables de la sociedad y de la Iglesia, comprendemos inmediatamente que este carisma no hace un castillo exterior sólo de nuestra Obra, sino que tiende a hacerlo también del tejido social y eclesial»²².

María, icono de la Trinidad, “humanidad realizada”, como la presenta Chiara Lubich, es la imagen sublime de la naturaleza humana plenamente personalizada. Ella se presenta hoy a los hombres de la segunda modernidad como modelo y faro antropológico. En ella podremos encontrar un estilo de vida plenamente deiforme, porque es trinitario. Ella representa ese “algo más” de humanidad que el hombre de hoy anhela.

«Virgo, Dei genitrix, quem totus nos capit orbis, in tua se clausit viscera factus homo», Virgen, madre de Dios, aquel a quien el mundo entero no puede contener, se ha encerrado en tu seno, haciéndose hombre. W. Póltawska, en su autobiografía, que tiene sabor de una verdadera confesión y que recoge la fecundísima relación de ella y de su marido con K. Wojtyła, comenta así esta oración: «... he estado pensando en Dios, cuyo amor le llevó a querer ‘encerrarse’ en una mujer. Ha sido por los seres humanos, pero el camino fue precisamente éste, a través de una mujer; es cierto que era única, incomparable, pero al fin y al cabo siempre una mujer»²³.

Personalmente, pienso que en ese seno donde ha querido encerrarse el mismo Dios, todos hemos sido concebidos en nuestra verdadera humanidad. Me parece que hoy ninguna antropología puede pres-

cindir de este dato; es más, tendría que inspirarse en él.

¹ Z. Bauman, *Individualmente insieme*, Edizioni Diabasis, Reggio Emilia 2008, p.30.

² *Ibid.*, p. 35.

³ *Ibid.*, p.37.

⁴ *Ibid.*, p. 38.

⁵ *Ibid.*, p. 39.

⁶ *Ibid.*

⁷ Cf. *Ibid.*

⁸ J. Rifkin, *La civiltà dell’empatia*, Mondadori, Milano 2010, p. 39. De esta obra hay una traducción en castellano: *La civilización empática: la carrera hacia una conciencia global en un mundo en crisis*, Paidós, Barcelona, 2010.

⁹ *Ibid.*, p. 42.

¹⁰ Cf. Para todo este capítulo, G.M. Zanghi, *Il pensiero come amore. Verso un nuovo paradigma culturale*, en *Nuova Umanità* 1 (2003), 1-19.

¹¹ *Ibid.*, 10.

¹² X. Zubiri, *Tres dimensiones del ser humano: individual, social, histórica*. Alianza Editorial. Madrid 2006, p.51.

¹³ Cf. GS 24, sobre la índole trinitaria de la convivencia humana.

¹⁴ Cf. Juan Pablo II al Sínodo Romano (3.10.1992), cit por P. Coda, *I movimenti ecclesiali, dono dello Spirito, in Pontificium Consilium pro Laicis, I movimenti nella Chiesa. Laici oggi*, Vaticano 1999, p. 96.

¹⁵ X. Zubiri, *El problema teológico del hombre: cristianismo*, Alianza Editorial, Madrid 1997, p.18.

¹⁶ *Ibid.*, 19.

¹⁷ G.M. Zanghi, *Gesù abbandonato maestro di pensiero*, Città Nuova, Roma 2008, p. 59.

¹⁸ C. Lubich, *Spiritualità de la unità e vita trinitaria. Lezione per la laurea h.c. in teología*, en *Nuova Umanità* 1 (2004) 12.

¹⁹ Id., *Paradiso* ’49, en *Nuova Umanità* 3 (2008) 288

²⁰ J.L. Marion, *Prolegómenos a la caridad*, Caparrós Editores, Madrid 1993, p. 115.

²¹ X. Zubiri, *Tres dimensiones del ser humano: individual, social, histórica*, cit. p. 69.

²² C. Lubich, *Un camino nuevo*, Ciudad Nueva, Madrid 2003, p. 29.

²³ W. Póltawska, *Diario di un’amicizia*, San Paolo Edizioni, Milano 2010, p. 102.

Todo parte del amor

Chiara Lubich

7 de febrero de 1996. Centro Mariápolis de Castel Gandolfo (Roma). Un grupo de Obispos, amigos del Movimiento de los Focolares, se encuentra con Chiara para un diálogo sobre la espiritualidad de la unidad. Ofrecemos dos respuestas espontáneas, que de alguna manera se refieren a la temática de este número de la revista.

—¿Cómo se concilia la espiritualidad del Movimiento con las diversas espiritualidades de las órdenes religiosas? Es decir, ¿cómo se concilia el carisma de la unidad con los demás carismas? ¿Qué efectos comporta la unidad a las órdenes religiosas?

Nosotros hemos visto desde siempre, desde los inicios, que religiosos y religiosas también han formado parte del Movimiento. Fue más tarde cuando se planteó el problema de cómo se concilian estas espiritualidades. Pero, ¿es un problema? Y hemos visto que no es así.

El hecho es éste. La espiritualidad del Movimiento se basa en dos principios: la unidad, que según Pablo VI es la síntesis del Evangelio, la suprema voluntad de Dios es la unidad; y Jesús abandonado que es la culminación de sus sufrimientos.

Ahora bien, en la unidad y en Jesús abandonado están contenidas todas las otras espiritualidades, las cuales se refieren a otros aspectos de Jesús, pero más particulares, no tan universales. Por ejemplo, la pobreza, como en los franciscanos; la obediencia, como en los jesuitas; otros aspectos... no sé, Betania, como la acogida de María a Jesús; los estigmas, con las llagas de Jesús; o el Sagrado Corazón, con el corazón de Jesús; y así otros... Todas son órdenes religiosas maravillosas que fueron floreciendo, y por las que nosotros vemos a la Iglesia como un gran Cristo desplegado en los siglos y también en el mundo, porque estos religiosos son expresión de cada carisma, que también es universal porque ellos se encuentran un poco por todo el mundo.

¿Qué hace, pues, la espiritualidad de la unidad? Nuestra espiritualidad de la unidad

pone en movimiento las potencialidades que tienen las otras espiritualidades, y añade además valores nuevos. Por ejemplo, muchas órdenes religiosas no tienen el aspecto ecuménico, no tienen el aspecto de las otras religiones, o el diálogo con los alejados, porque nacieron antes del Vaticano II.

Nosotros, a través del contacto de nuestros religiosos, llevamos dentro de esas reglas, de las prácticas que realizan los religiosos, estos aspectos que sirven a la renovación de una determinada orden, en función de su mejor adaptación a los tiempos presentes.

¿Los efectos? Los efectos son múltiples, son enormes, porque generalmente estos religiosos y también las religiosas –que son muchísimas, unas 57.000– dicen que han redescubierto a su fundador; porque amando se ve que comprenden a su fundador. Redescubren sus reglas, el valor de cada aspecto de la regla; redescubren a los superiores, lo que les lleva a ponerse en profunda unidad con ellos, y viviendo en cierto modo “quien a vosotros escucha a mí me escucha”, se sienten así más unidos a la Iglesia. Redescubren a los hermanos y tratan de establecer la presencia de Jesús en medio en los conventos y se multiplican las vocaciones; cuántas órdenes nos dicen que ahora tienen decenas y decenas de chicos o chicas, etc., que han nacido a continuación de haber puesto en práctica la espiritualidad del Movimiento.

También se producen grandes desarrollos en las misiones. Y sucede también esto: que los superiores confían muchas tareas de responsabilidad a estas personas porque sienten que son fieles.

Además este espíritu lleva a una cierta *comunidad entre las órdenes religiosas*. Ustedes, en estos mismos días, están viendo en esta casa que hay religiosos de muchas órdenes distintas, todos unidos, porque esta espiritualidad lleva también la unidad entre las órde-

nes. Esto en mis tiempos, cuando comenzaba el Movimiento, no existía absolutamente. Recuerdo incluso cómo en la misma orden franciscana, entre las tres ramas franciscanas, no es que había una gran armonía. En fin... Pero ahora estos religiosos se reúnen, porque dicen: si Jesús en medio está entre dos personas, también puede estar entre un carmelita y un dominico. ¿Por qué no va a poder estarlo? Y si Jesús está en medio de ellos, ilumina mejor al carmelita sobre su vocación e ilumina mejor al dominico sobre su vocación.

Pero estos religiosos también se abren a *la unidad con el clero secular*, lo mismo que a la unidad *con los laicos*, sobre todo con los comprometidos, sintiéndose también así parte viva de la Iglesia, al vivir la unidad junto con ellos.

Estos son los efectos de la espiritualidad del Movimiento en las órdenes religiosas.

- ¿Qué se entiende por los “7 aspectos” en la espiritualidad del Movimiento?

Para entender los 7 *aspectos* en la espiritualidad del Movimiento, puede ayudarnos una frase de san Juan de la Cruz, el cual dice que Dios puede compararse a un hogar, cuya luz se despliega en 7 colores.

Nosotros comprendimos hace mucho tiempo –y luego todo ha sido aprobado por la Iglesia en los estatutos–, que también el amor tenía muchas manifestaciones, muchos aspectos.

Por ejemplo, el amor lo pone todo en común, cosas espirituales y cosas materiales; el amor es difusivo por sí, es el verdadero apostolado; el amor eleva, es la oración, la unión con Dios y todas las oraciones que tenemos que hacer, etc.; el amor –dice también san Juan de la Cruz– es la salud del alma, y nosotros la cuidamos, pero también la salud del cuerpo, lo más posible, y toda la problemática del cuerpo, la muerte, las en-

fermedades, todas esas cosas. El amor crea la asamblea, la familia, es vivir la Iglesia, pero también todos los aspectos externos de este vivir, como los enseres de la Iglesia: casas, iglesias, salones, etc., centros como éste en el que estamos. El amor, además de reunir en asamblea, genera la sabiduría, porque quien ama acaba por tener la sabiduría, y aquí entran todos los estudios, desde los de la más alta especialización a los más sencillos, como el catecismo. Además el amor genera la unidad, que incluye todos los medios de comunicación que mantenemos entre nosotros.

Hemos observado que *estos aspectos existen en todas las órdenes religiosas*, porque todas tienen una determinada comunión de bienes; todas tienen un modo de apostolado

propio; todas tienen un cierto itinerario espiritual para que las almas avancen; todas cuidan la salud de sus miembros; todas cuidan las casas, las iglesias, los vestidos que llevan, etc.; todos realizan estudios; y todos tienen lazos de conexión con cartas, con boletines, etc.

Lo que el *Movimiento trae de nuevo* en este aspecto es que *hace que todo parta del amor*. Es el amor lo que une, es el amor lo que eleva, es el amor lo que crea la asamblea, es el amor... Todo parte del uno.

No se trata de muchas cosas a trozos, como normalmente puede pensarse: ahora como, después voy a hacer apostolado; parecen dos cosas. Sin embargo, es el amor lo que me lleva sea a comer, sea a irradiarlo, etc.

Cristo a través de los siglos

Jesús es el Verbo de Dios encarnado.

La Iglesia es el Evangelio encarnado, por eso es Esposa de Cristo.

A lo largo de los siglos se ha visto florecer a muchísimas órdenes religiosas.

Cada familia u orden es la «encarnación», por así decir, de una expresión de Jesús, de una actitud suya, de un hecho de su vida, de un dolor suyo, de una palabra suya. [...] En fin, la Iglesia es un Cristo majestuoso desplegado a través de los siglos.

Igual que el agua cristaliza en estrellitas en la blanca nieve, así el Amor asumió en Jesús la forma por excelencia, la belleza de las bellezas. El Amor ha sumido en la Iglesia distintas formas, que son las órdenes y las familias religiosas.

En el espléndido jardín de la Iglesia han florecido y florecen todas las virtudes. Los fundadores de las órdenes son esa virtud hecha vida, y subieron al Cielo transfigurados por tanto amor y tanto dolor, como «palabra de Dios».

Han realizado el designio de Dios, y también para ellos vale decir: «El Cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mt 24, 35)...

Todas estas órdenes, estas espiritualidades, nacidas en el curso de los siglos, encuentran su verdadera esencia, su principio, en Jesús, continuamente vivo por los siglos en la Iglesia.

Él las unifica con el único espíritu, pero es cosa de los religiosos permitir que pueda manifestarse esta armonía, esta altísima unidad divina en toda su plenitud, para que la Esposa de Cristo brille con «su» belleza única y dé al mundo testimonio de su divinidad en un radio lo más amplio posible. [...]

Si queremos servir a la Iglesia, también nosotros tenemos que seguir predicando el Amor, pero sobre todo ponerlo en práctica haciendo que circule entre las distintas órdenes religiosas.

(Ch. Lubich, *La doctrina espiritual*, Ciudad Nueva, Madrid 2002, pp.164-166)

Siete palabras para un crecimiento unitario de la persona

Caterina Mulatero

Frente a nuestras sociedades fragmentadas, el paradigma de la unidad ofrece un modelo de organización que abarca “siete aspectos”, ayudando a encarnar una especie de unificación interior y exterior. La intuición de Chiara Lubich: siete colores para vivir todas las infinitas expresiones del amor. Siete palabras-clave: economía, irradiación, amor que va en profundidad, arte de la vida, un lugar para habitar, sabiduría, comunicación.

EN nuestras sociedades cultural y religiosamente pluralistas, las certezas, tenidas hasta hace poco como válidas, y las uniformidades que parecían consistentes, se han fragmentado. La confusión de ideas, opciones y comportamientos muestra una especie de desviación existencial.

En esta situación se halla quien, yendo contracorriente, hace opciones valientes y coherentes, pero también está quien trata simplemente de sobrevivir o quien pretende una reconstrucción interior, mezclando libremente elementos de distinta proveniencia, amontonados y disponibles en el supermercado religioso y cultural de nuestro tiempo.

Los resultados están a la vista de todos y evidencian que se anda por un camino que no va en la dirección de la edificación de una sociedad más humana, y mucho menos de la construcción de la civilización del amor.

¿Dónde buscar para encontrar respuestas de altura a tal desafío? Los expertos en ciencias sociales buscan desde hace tiempo *nuevos paradigmas* que ofrezcan claves de lectura de la sociedad actual y que indiquen itinerarios válidos para una nueva recomposición social.

Como un arco iris: los “siete aspectos”

Con la certeza de que el Espíritu Santo no dejará que falte su ayuda y su luz tam-

bién en nuestro tiempo, nos fijaremos en uno de sus dones para este hoy, en el carisma de la unidad. Con él brota un nuevo paradigma, el *paradigma interdisciplinar de la unidad*, innato al pensamiento, a la espiritualidad y a la vida de Chiara Lubich.

El rico paradigma de la unidad ha dado origen a un específico modelo organizativo, llamado normalmente de los “*siete aspectos*”.

¿Cuál es el origen de este modelo o, simplemente, de los siete aspectos? Nacieron de una intuición de Chiara, cuando comprendió que el amor no sólo debía ser la vida de las personas del Movimiento naciente, sino que debía ser también la regla. En efecto, del carisma no sólo había surgido una espiritualidad en la Iglesia, sino también una Obra y «*para que haya una Obra –decía Chiara– hace falta, sin duda, un alma (la espiritualidad comunitaria), pero es igualmente necesaria una organización, una estructura, una regla*»¹.

Y explicaba así su intuición: «*El amor es luz, es como un rayo de luz que, cuando atraviesa una gota de agua, se despliega en el arco iris, en el que se pueden admirar sus siete colores. Todos colores de luz que, a su vez, se despliegan en infinitas gradaciones. Y así como el arco iris es rojo, naranja, amarillo, verde, azul, añil y violeta, el amor, que es la vida de Jesús en nosotros, asumiría distintos colores, se expresaría de varias maneras, diferentes una de otra*»². De este modo la vida de la nueva comunidad se ordenó en siete aspectos, todos expresión del amor.

Así pues, la raíz de estos siete colores es el amor, es la vida de Jesús en cada uno, que se expresa de muchos modos, uno distinto del otro.

La vida de Jesús, presente en el individuo y en la comunidad, el amor que se despliega como un arco iris, no se detiene en los individuos, ni siquiera en las solas relaciones interpersonales, sino que también constituye una regla de vida, haciendo posible inundar el mundo con lo divino y re-

novar todas las realidades sociales, abarcando las estructuras, que de este modo son percibidas en su dimensión histórica, según la visión de Dios.

A continuación, examinaremos a grandes rasgos aspecto por aspecto, para ver algunas de sus implicaciones concretas, sintetizando cada aspecto en una palabra-clave³.

Economía

La vida de Jesús en cada uno, y de Jesús presente en la comunidad, bajando a la concreción de las vicisitudes humanas, desarrolla un gran ámbito, el de la economía, que, por ejemplo, comprende el mundo de las actividades productivas y el financiero con sus relativas estructuras, el uso personal de los bienes, el problema de la pobreza, el mundo del trabajo, etc.

Los interrogantes respecto a esta realidad son hoy especialmente numerosos, inquietantes, urgentes: ¿cómo salir de la crisis económica actual, cómo llevar equilibrio entre las distintas áreas geográficas, cómo sacar de la pobreza al creciente número de personas que carecen de los bienes esenciales, cómo dar trabajo –un trabajo digno– sobre todo a las jóvenes generaciones?

Se siente la necesidad de nuevas intuiciones, seguidas de nuevas praxis que indiquen el camino para el futuro. El carisma de la unidad, tanto por su patrimonio espiritual y conceptual, como por su praxis delineada en la vida trinitaria, puede ofrecer intuiciones y concreciones a la altura de los retos hoy presentes en el mundo de la economía.

Indico algunas: comunión de bienes a nivel personal y también comunitario, según el modelo de las primeras comunidades cristianas; uso personal de los bienes sobrio, esencial; dar lugar al don, a la gratuidad, a la Providencia en la vida económica normal; volver a dar significado y esperanza al mundo del trabajo; crear estructuras de co-

muni6n; trabajar a nivel doctrinal para dar dignidad cient4fica a las experiencias en acci6n, como dese6 fuertemente Chiara en mayo de 1998.

Alg6n ejemplo: el trabajo vivido en el esp4ritu del carisma de la unidad encuentra su significaci6n profunda porque mira al proyecto que Dios tiene sobre 6l y, por tanto, adquiere un plus de sentido, de colaboraci6n, creatividad, alegr4a, belleza, as4 como de mayor eficacia.

Adem4s el carisma de la unidad, por la presencia de dos o m4s unidos en el nombre de Jes6s (cf. Mt 18, 20), conlleva en los lugares de trabajo la formaci6n de *c6lulas vivas* que son fermento de vida evang6lica, de novedad, y respuesta a tantos interrogantes que surgen en esos ambientes.

El espacio concedido a la intervenci6n de la Providencia lleva a formar lo que Chiara, desde los primeros tiempos del Movimiento, llam6 *capital de Dios*, significando la entrada de Dios mismo en el mundo de la econom4a cuando el que trabaja en ella busca ante todo su reino (cf. Mt 6, 33). Un capital que comporta algo de sagrado y que, por tanto, se usar4 seg6n el pensamiento de Dios: es el ant4doto a la corrupci6n, al despilfarro, al lujo desenfrenado y al consumismo.

Con el proyecto *Econom4a de comuni6n*, el modelo de vida trinitario, t4pico del carisma de la unidad, ha penetrado, aunque todav4a t4midamente, en el intrincado campo de las estructuras econ6micas.

Irrradiaci6n

El amor no s6lo hace que circulen los bienes, sino que tambi6n impulsa a irradiar, a abrirse a los dem4s en c4rculos conc6ntricos cada vez m4s amplios, hasta alcanzar a la humanidad entera.

Sabemos que el proyecto de Dios sobre la humanidad es formar una sola familia

donde todos se traten como hermanos, como dice la *Gaudium et spes*, n. 24: «Dios, que cuida paternalmente de todos, ha querido que los hombres formaran una sola familia y se trataran entre ellos como hermanos».

Esta familia, viviendo en la historia, necesita estructuras que puedan hacerle alcanzar un fin hist6rico en continua evoluci6n: el bien com6n. Es un objetivo que in-

«El amor es luz, es como un rayo de luz que, cuando atraviesa una gota de agua, se despliega en el arco iris, en el que se pueden admirar sus siete colores. Todos colores de luz que, a su vez, se despliegan en infinitas gradaciones. Y as4 como el arco iris es rojo, naranja, amarillo, verde, azul, a6nil y violeta, el amor, que es la vida de Jes6s en nosotros, asumir4 distintos colores, se expresar4 de varias maneras, diferentes una de otra»

terpela a todos, y todos tienen un espacio para su contribuci6n personal insustituible.

Fij6monos en uno de los aspectos del bien com6n que emerge cada vez m4s y que nos afecta a todos nosotros: el di4logo.

En nuestras sociedades cada vez m4s multi6tnicas, multiculturales y multirreligiosas, vivimos en nuestra propia carne incomprendiones, conflictos, obstrucciones de todo tipo. En muchos de nuestros pa4ses un racismo despreciable envenena las relaciones.

La Iglesia con su magisterio social invita al di4logo; es m4s, presenta el di4logo como una de las tareas hist6ricas de la Iglesia de hoy. Prof6ticamente, Pablo VI, ya en 1964, en la enc4clica *Ecclesiam suam*, escrib4a que «la Iglesia ha de entrar en di4logo con el mundo en el que se halla viviendo» (n. 67).

El carisma de la unidad ofrece como aportación propia un verdadero y característico *arte del diálogo* que brota sobre la base de una actitud que le es típica: el *hacerse uno*.

Hacerse uno es la base y, a la vez, el horizonte de este arte del diálogo. Significa llevar los pesos y las alegrías del otro y hacerlos propios: reír con quien ríe, llorar con quien llora; sentirse desempleado con quien carece de trabajo; marginado con quien ha llegado a nuestro país buscando una vida mejor.

Significa ser capaces de escuchar al otro hasta el fondo y aprender también del otro con la conciencia de que nadie posee toda la verdad entera, sino que hay que buscarla juntos. Hacerse uno comporta un impulso que lleva a buscar al otro –sea quien sea– allí donde se encuentra y a acogerlo sin reservas en las condiciones en las que se encuentra.

El auténtico hacerse uno contiene la fuerza de abrir senderos que permiten el anuncio, un respetuoso anuncio, del propio patrimonio religioso y cultural, en un fecundo intercambio de valores, de experiencias y de vida.

Partiendo de esta base, adquieren vida e importancia algunas actitudes que llevan a realizar concretamente, a distintos niveles, un diálogo auténtico.

Un primer nivel tiene su fundamento en la *tolerancia*, actitud que puede impedir la confrontación, la oposición abierta, que tan fácilmente se desencadena en nuestras ciudades. Pero, para un verdadero diálogo, hace falta también el *respeto*, que lleva a aceptar la diferencia del otro, su diversidad, reconociendo en ella la posibilidad de un enriquecimiento para entrambos.

A un nivel más alto, encontramos la *solidaridad*, es decir, la atención al otro con el cual nos identificamos, compartiendo preocupaciones, penas, sufrimientos, angustias,

necesidades espirituales y materiales. La solidaridad es virtud que nace de un corazón capaz de sentir y conmoverse ante el dolor ajeno y que se convierte en compromiso concreto, porque cada uno se siente, y realmente lo es, responsable de todos.

Todas estas actitudes pueden resumirse en el *amor*, amor evangélico, que es universal, no parcial, que no excluyente según gustos, categorías de sexo, etnia, color de la piel, ciudadanía, religión; amor que toma la iniciativa dando el primer paso, que sabe amar al enemigo y, a ejemplo de Jesús, está dispuesto a perdonar.

Este arte del diálogo, tal como lo hemos descrito brevemente, ya se ha revelado muy valioso, haciendo florecer retazos de fraternidad allí donde hombres y mujeres han sido capaces de testimoniar con su vida la fuerza siempre nueva del mensaje evangélico.

El amor va en profundidad

La relación con el Absoluto, con Dios, es fundamental para el nacimiento y crecimiento de toda civilización, y cuando esta raíz se corta, la civilización se seca y se vuelve incapaz de dar nuevos frutos. Es una experiencia de mucha actualidad en nuestra época.

Chiara, ya en 1980, constataba en el período navideño que Jesús había sido desalojado. “Han desalojado a Jesús” fue para muchos niños, jóvenes y adultos, el grito que hizo abrir los ojos hacia qué deriva caminaban nuestras sociedades, en particular en el mundo occidental.

Las clásicas preguntas: ¿Existe Dios?, ¿quién es Dios?, ¿dónde está?, ¿qué hace?, casi no se oyen ya. A Dios ya no se le combate, porque simplemente se le ignora. Y las otras religiones, con sus diferencias, a menudo imponen miedo, molestia, intolerancia.

Pero, como se sabe, cuando desaparece la fe en Dios, se tambalea también la fe en el hombre. El humanismo pierde su centralidad, siendo desplazado por la tecnología y por una visión puramente utilitarista de la vida. El hombre vive huérfano de valores que son fundamentales para la vida individual y comunitaria. La cultura de los derechos, de la legalidad, de la solidaridad, así como la honradez, la verdad y el respeto a la palabra dada, ¿qué fin han tenido?

Pero igual que la oscuridad evoca la luz, así este eclipse de lo divino, auténtica “noche mística colectiva”, evoca la presencia de una “mística colectiva” capaz de volver a presentar a Jesús, de proponer su presencia, no sólo en los lugares de culto, sino en la concreción de la vida, en los lugares en los que la vida se desarrolla.

El carisma de la unidad sale al encuentro de estos interrogantes, ofreciendo una espiritualidad típicamente colectiva. En ella se hace el camino yendo juntos hacia Dios, y el hermano ya no es un obstáculo en el itinerario de la santidad, sino que es el camino por excelencia. Yo—el hermano—Dios era el trino preferido por Iginio Giordani, que expresaba de este modo el recorrido de esta espiritualidad colectiva.

Por tanto, estamos ante una espiritualidad que propone un nuevo humanismo, un humanismo pleno, porque se fundamenta en una ecuación especial: el hermano = Jesús.

El carisma de la unidad responde también a esta noche mística colectiva por otro motivo. Chiara ha visto siempre en ella el rostro de Jesús abandonado que, en el momento culminante de su dolor, sintió e hizo suyo el extravío, la falta de sentido, de identidad, pero que sobre todo experimentó la infinita lejanía de Dios.

Y ella misma nos ha hecho el don de la experiencia que, en el abrazo sin condiciones ni objeciones de Jesús abandonado, esta noche mística colectiva puede convertirse en luz de

resurrección, hasta repetir con san Lorenzo: «*Mi noche no tiene oscuridad, sino que todo resplandece en la luz*».

El arte de la vida

La vida del amor, tal como la estamos enunciando a la luz del carisma de la unidad, comporta lo que podríamos definir como «*el arte de la vida*».

No se trata aquí de detenernos sobre la mejora de la calidad de vida, o de fijarnos en el culto de la elegancia física o en el alejamiento de las enfermedades y olvido de la muerte.

Aquí estamos en un plano diferente. Miramos el don de la vida tal como brota del designio de Dios, como se nos ha vuelto a dar por la redención obrada por el Hijo en el Espíritu, abarcando toda la vida, toda forma de vida. Miramos a María, «*flor de la humanidad*»⁴.

Con esta mirada podremos comprender que el arte de la vida coincide con el arte del amor, el arte que Chiara nos ha entregado con su vida y su doctrina. El amor hace que florezca la vida y debe ser la fuerza que haga que sus frutos maduren.

Si falta el amor, ¿cómo podrá el arte de la vida desplegarse en su plenitud significativa en los momentos de enfermedad, en la fase del declive físico y en ese momento único y decisivo que es la muerte?

Podemos mirar también otros aspectos particulares de este arte de la vida como, por ejemplo, los que conciernen no ya al cuerpo físico, sino también al cuerpo social y a su formación, a sus momentos de salud y de enfermedad, a los que corrientemente denominamos paz, guerra, terrorismo; o también los aspectos medioambientales hoy tan en auge.

También en estos campos el carisma de la unidad está ofreciendo su aportación específica. Puesto en el centro de las relaciones el

mandamiento nuevo de Jesús (*Jn 13, 34*), ha suscitado el amor que une, respondiendo a viejos interrogantes de siglos. Allí donde la historia nos ha mostrado la incapacidad de relacionarse de modo positivo con el otro, se

El carisma de la unidad sale al encuentro de estos interrogantes, ofreciendo una espiritualidad típicamente colectiva. En ella se hace el camino yendo juntos hacia Dios, y el hermano ya no es un obstáculo en el itinerario de la santidad, sino que es el camino por excelencia... Por tanto, estamos ante una espiritualidad que propone un nuevo humanismo, un humanismo pleno, porque se fundamenta en una ecuación especial: el hermano = Jesús.

descubre que Cristo mismo llega a ser vínculo entre persona y persona, convirtiéndose en la fuente de unidad entre dos o más.

Así las relaciones personales se sustancian de amor; las dificultades, los contrastes más o menos grandes, que pueden surgir, se superan mediante el amor a Jesús abandonado y se consideran como la posibilidad de dar un salto de calidad para una relación más madura y más profunda. La fraternidad universal, la paz, el mundo unido, ya no parecen utopías, sino caminos que se pueden emprender con provecho cuando se tiene como compañero de viaje a Jesús presente entre dos o más.

Un “lugar” donde habitar

La asamblea, la comunidad, necesita un “lugar”, una casa en el sentido más estricto, que la reúna, la acoja, porque sin una casa digna, la vida que se desarrolla en ella pierde dignidad.

La casa debe cerrar, pero al mismo tiempo ha de estar abierta al exterior, porque forma parte de espacios vitales más amplios, como los pueblos, los barrios, las ciudades, etc.

El tema de la ciudad es muy actual.

Chiara nos ha dejado en este aspecto una herencia muy preciosa. Desde los comienzos del Movimiento sostenía que surgirían del carisma no sólo casas, sino también ciudades que se caracterizarían tanto por su relevante armonía artística como por las relaciones fraternas capaces de hacer brillar la presencia de Dios entre los ciudadanos. Todo esto no es hoy una utopía, porque son más de treinta las ciudadelas surgidas en el mundo y que están testimoniado esta realidad.

Si la comunidad necesita una casa, también necesita un sistema de gobierno, una estructura política. También en este aspecto, el carisma de la unidad ofrece su aportación específica, exponiendo el modelo trinitario como paradigmático no sólo de las relaciones sociales sino también de las instituciones. Escribía Chiara en 1996: «*La sociedad (...) debe organizarse según el modelo de la Trinidad (...) en las relaciones entre ciudadanos y en las relaciones entre grupos, instituciones, partidos, etc.*»⁵.

Concretamente, a la luz del carisma de la unidad, la comunidad política se la entiende formada por un tejido social vivo, partícipe, atento a las exigencias del bien común, en la que se vive una relación de reciprocidad entre gobernantes y gobernados. La política es así “el amor de los amores”.

Sabiduría

El camino del mundo unido ha de pasar también por los caminos de la búsqueda de la verdad, de su elaboración cultural, de su transmisión. Pero esta búsqueda, si no quiere permanecer estéril, ha de estar radicada en el amor: amor a Dios, amor al hombre, a la historia y al mundo.

«El que no ama no ha conocido a Dios» (1 Jn 4, 8), nos recuerda en evangelista Juan y, sin miedo a errar, podríamos añadir: ...y tampoco al hombre, ni tampoco al mundo.

Con los *siete aspectos* nos encontramos ante un modelo organizativo donde todo nace del amor y todo tiende a hacer crecer el amor. El amor es, pues, el elemento unificador de este diseño global de organización donde se entrecruzan orden, creatividad, libertad y armonía.

¿Es tal vez por este motivo, que en las sociedades más avanzadas desde el punto de vista técnico, más ricas económicamente pero también más indiferentes al mensaje religioso, la cultura se estanca, no es capaz de elevar el vuelo y de dar respuestas creíbles? ¿Es quizá por este motivo, que las nuevas generaciones, que han nacido y crecido en una sociedad humanamente más pobre, son más frágiles y casi descarriadas?

Los carismas surgidos en la Iglesia pueden responder también en este aspecto. No son sólo ideas, proyectos sin fundamentos. Son, en su concreción, eventos históricos, portadores de nueva luz y, a menudo, también de un nuevo pensamiento.

Desde su nacimiento, el carisma de la unidad ha sido portador no sólo de nuevos modos de obrar, sino también de un nuevo modo de pensar, de una nueva visión del hombre, del mundo, de la historia. En la base de todo hay una comprensión eminentemente trinitaria de todas las realidades. De ella, con el correr del tiempo, se han definido nuevas líneas culturales, aún incipientes, pero ya fecundas.

Por ejemplo, la categoría de la *fraternidad* —una fraternidad sustanciada de relaciones

según el modelo trinitario— que penetra en las relaciones sociales, en el mundo económico, en el jurídico y en general en todas las ciencias humanas. Se da un paso adelante con la categoría de la *comunión*, y otro más con el *hacer agápico*, como actuación típica de quien quiere bajar a lo concreto, a la vida, a las implicaciones de un estilo de acción orientada según el modelo trinitario.

Estas son algunas de las pistas en las que se está trabajando con seriedad, con continuidad, tratando ante todo que expresiones como comunión y acción agápica sean una realidad entre quienes se comprometen en esta profundización, tanto en los grupos de estudio como en los de verificación empírica. Esta es una condición indispensable para la credibilidad de la misma investigación y para poder hacer este camino con tantos compañeros de viaje que se sienten incómodos en paradigmas superados, ya inadecuados, y que buscan nuevos itinerarios, nuevas soluciones. Son personas sedientas de verdad, con un gran respeto por el hombre, con metas distintas a las marcadas hasta ahora por ciertos tipos de itinerarios científicos.

Comunicación

El camino para un mundo unido tiene que estar tejido de comunicación, pero una comunicación que lleva a la unidad, porque es propio del amor crear unidad. Vivimos en la era de los medios de comunicación social, o mejor, de los nuevos medios, instrumentos que han tenido el gran mérito de poner en comunicación directa a los más variados rincones del planeta, ofreciendo los presupuestos para caminos comunes de solidaridad.

Para la Iglesia, la comunicación ha sido siempre esencial para mantener unidas las comunidades entre sí y con el corazón de la cristiandad. Lo atestiguan las cartas de Pablo y de los otros apóstoles, y sucesivamente el uso de los demás instrumentos que la técnica

iba poniendo a disposición. Con el tiempo no han faltado, ciertamente, las invitaciones a la prudencia, a tener capacidad de discernimiento, pero, en conjunto, la valoración ha sido positiva. Así, además del uso de la prensa como instrumento de evangelización, ahora el nuevo areópago, constituido por los nuevos medios, es utilizado tanto por la Santa Sede como por las comunidades parroquiales y por las comunidades religiosas nacidas de los carismas.

Chiara siempre sintió la “pasión” por la comunicación. Ella, que fue gran comunicadora, utilizó todos los medios para difundir el carisma que Dios le había dado: desde las cartas de los primeros tiempos, escritas en eventuales trozos de papel, a las escritas a máquina y multicopiadas, o al uso del magnetófono, de las conexiones telefónicas planetarias, de internet...

Su carisma, sintetizado en la palabra “unidad”, siempre ha necesitado de instrumentos adecuados para trabajar por su difusión. Por eso, el uso de los medios que ella utilizó personalmente y también todo el Movimiento tiene una finalidad precisa: llevar la unidad, hacer que progrese el camino hacia el mundo unido, formar personas “con dimensiones mundiales” o, con el expresivo lenguaje de Chiara, formar en cada uno “el hombre-mundo”.

De este modo, el último aspecto, que también se puede expresar con la palabra *unidad*, en cierto sentido encierra y expresa todos los demás, porque cada aspecto, cada una de las palabras-clave que hemos utilizado, está finalizada a la unidad, a contribuir a la realización, con la especificidad que le es propia, del testamento de Jesús.

Una mirada de conjunto

Con los *siete aspectos* nos encontramos ante un modelo organizativo donde todo nace del amor y todo tiende a hacer crecer el amor. El

amor es, pues, el elemento unificador de este diseño global de organización donde se entrecruzan orden, creatividad, libertad y armonía.

Es un modelo dinámico, contiene una dinámica como “en la Trinidad”. De hecho, cada uno de los aspectos no ha de verse aisladamente, sino como “en la Trinidad”, donde coexisten unidad y distinción: cada una de las partes tiene su propia identidad, sus propias características, su propio método, pero forman un diseño unitario, armonioso.

Además, los siete aspectos ofrecen un modelo organizativo que no fragmenta la vida de la persona en momentos separados el uno del otro, divididos en los distintos momentos del día, sino que lleva a vivir una unificación interior y exterior. Se vive una cosa sola: el amor, en sus diversas expresiones: es amor cuando trabajamos, cuando compramos, cuando nos relacionamos con los demás, cuando rezamos, cuando sufrimos, cuando comemos o dormimos, cuando estamos en familia o con otros, cuando estudiamos o pensamos, cuando nos comunicamos.

Por último, ya no hay separación o fragmentación entre vida pública y privada, no hay oposición entre relaciones anónimas, de amigos o familiares, sino que todo es unificado viendo a todos como “candidatos a la unidad”, y a cada sociedad como “la posibilidad del mundo unido”.

¹ C. Lubich, *La doctrina espiritual*, Ciudad Nueva, Madrid 2002, p. 238.

² *Ibid.*

³ Para este planteamiento cf. H. Heinz, *Lineamenti della civiltà europea per la nostra epoca. Un contributo del Movimento dei focolari*, en *Nuova Umanità* 74 (1991)95-123.

⁴ Cf. C. Lubich, cit., p. 190.

⁵ Id., *Io prego così*, in *Città Nuova* 19 (1996) 35.

Dones y carismas en comunión: desafíos y responsabilidades.

José-Damián Gaitán, o.c.d.

El proyecto de “Unidad y Carismas”, inspirado por Chiara Lubich, ofrece una aportación a una de las exigencias más actuales de la Iglesia: el diálogo entre carismas y la búsqueda de nuevos caminos para la renovación de la vida consagrada.

PARA comenzar la presente reflexión me han venido a la mente dos enseñanzas de Jesús. La primera se encuentra en la parábola de los talentos. El amo alaba a aquellos empleados que han sabido negociar con ellos y así hacerlos fructificar, mientras que reprocha al empleado holgazán porque había escondido su talento por miedo a perderlo (cf. Mt 25, 14-30; Lc 19, 11-27).

La otra enseñanza es aquella en la que Jesús dice a sus discípulos que “son la luz del mundo”. Una luz que ha de ser puesta sobre el candelero para que alumbre así a todos los de la casa. Un poco antes, en el mismo pasaje, comparaba también a sus discípulos con una ciudad puesta sobre el monte. Y Jesús concluye: «Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5, 16; cf. 14-16).

Estas palabras de Jesús suponen un desafío y, al mismo tiempo, una responsabilidad. Se trata, ciertamente, de nuestra luz, pero una luz que tiene su origen en el don recibido de Dios. De ahí que, viéndola, se llegue a dar gloria al Padre que está en los cielos. Este talento, lejos de esconderlo, hay que hacerlo fructificar en bien propio, pero, sobre todo, en bien del Reino de Dios.

A este respecto dice santa Teresa hablando del verdadero amor de Dios: «¿Escondese? -¡Oh, que el amor de Dios, si de veras es amor, es imposible! Si no, mirad un San Pablo, una Magdalena: en tres días el uno comenzó a entenderse que estaba enfermo de amor; éste fue San Pablo. La Magdalena desde el primer día, ¡y cuán bien entendido! Que esto tiene, que hay más o menos; y así se da a entender como la fuerza que tiene el amor: si es poco, darse a entender

*poco; y si es mucho, mucho; mas poco o mucho, como haya amor de Dios, siempre se entiende»*¹.

Por otra parte, en el Nuevo Testamento son abundantes las referencias en las que se enseña la importancia de poner en común lo que se posee, tanto de los bienes materiales como de los dones de Dios².

La vida consagrada como don

Tradicionalmente se hablaba de la vida consagrada como de un don o entrega radical de sí mismos a Dios por amor. Sin dejar de afirmar esto³, en estas últimas décadas se ha venido poniendo el acento además en la importancia del don recibido. El Vaticano II habló de una Iglesia a la que el Espíritu Santo ha enriquecido, y continuamente enriquece, con «*dones jerárquicos y carismáticos*»⁴. De ahí que se haya hablado mucho en estos años de los distintos dones y carismas en la Iglesia, y de modo particular de los distintos carismas de los religiosos y consagrados.

Pero más allá de los propios dones carismáticos, se ha puesto de relieve igualmente que la vida consagrada es ya en sí misma un don o carisma en la Iglesia. A mí me parece éste un modo muy exacto de definirla o describirla, porque esa realidad es algo anterior a cualquier otra matización carismática posterior, y, en ese sentido, es un punto importante de posible unión y coincidencia entre todos los llamados a la vida consagrada.

La vida consagrada considerada en sí misma es ya, pues, un “carisma” o “don” especial que Dios da a algunos para su propio bien espiritual, desde luego, pero al mismo tiempo es un don que Dios hace a toda la Iglesia a través de la vida de unas personas y grupos concretos para que redunde en bien de otros muchos. Así lo reconoció Juan Pablo II en las primeras líneas de *Vita Consecrata*: «*La vida consagrada, enraizada profundamente en los ejemplos y enseñanzas de Cristo el Señor, es un don de Dios Padre a su Iglesia*

*por medio del Espíritu. Con la profesión de los consejos evangélicos los rasgos característicos de Jesús –virgen, pobre y obediente– tienen una típica y permanente «visibilidad» en medio del mundo, y la mirada de los fieles es atraída hacia el misterio del Reino de Dios que ya actúa en la historia, pero espera su plena realización en el cielo (...). En el Sínodo se ha afirmado en varias ocasiones que la vida consagrada no sólo ha desempeñado en el pasado un papel de ayuda y apoyo a la Iglesia, sino que es un don precioso y necesario también para el presente y el futuro del Pueblo de Dios, porque pertenece íntimamente a su vida, a su santidad y a su misión»*⁵.

Por otra parte, este don de la vida consagrada en la Iglesia no es, ni mucho menos, uniforme. «*Todos somos conscientes –se afirma en Vita Consecrata– de la riqueza que para la comunidad eclesial constituye el don de la vida consagrada en la variedad de sus carismas y de sus instituciones. Juntos damos gracias a Dios por las Órdenes e Institutos religiosos dedicados a la contemplación o a las obras de apostolado, por las Sociedades de vida apostólica, por los Institutos seculares y por otros grupos de consagrados, como también por todos aquellos que, en el secreto de su corazón, se entregan a Dios con una especial consagración»*⁶.

El don más grande es el amor

La variedad de dones y carismas adquieren su sentido más pleno sólo en la donación y comunión recíprocas. De hecho, si traemos ahora a la mente la doctrina paulina sobre los carismas, en seguida recordaremos que en la primera carta a los Corintios Pablo afirma que a nadie se le da un carisma para su propia vanagloria, sino para utilidad común, para la construcción del Cuerpo de Cristo. Advirtiendo además que todos los carismas alcanzan su plenitud en el amor recíproco. Que por grande que sea el don que uno haya recibido, siempre necesitará el don que son los demás para cada

uno, para mí, para el conjunto: cada uno constituido así en don de Dios para los demás. De ahí que nadie pueda decir al otro: no te necesito (cf. *1 Cor* 12-13).

«La vida consagrada, enraizada profundamente en los ejemplos y enseñanzas de Cristo el Señor, es un don de Dios Padre a su Iglesia por medio del Espíritu».

Resulta aleccionador en este sentido el texto de san Bernardo, que nos recuerda *Vita Consecrata*, en el que dicho santo expresa su sentimiento y actitud ante las otras familias religiosas existentes en la Iglesia de su tiempo: *«Yo las admiro todas. Pertenezco a una de ellas con la observancia, pero a todas en la caridad. Todos tenemos necesidad los unos de los otros: el bien espiritual que yo no poseo, lo recibo de los otros [...]. En este exilio la Iglesia está aún en camino y, si puedo decirlo así, es plural: una pluralidad múltiple y una unidad plural. Y todas nuestras diversidades, que manifiestan la riqueza de los dones de Dios, subsistirán en la única casa del Padre que contiene tantas mansiones. Ahora hay división de gracias, entonces habrá una distinción de glorias. La unidad, tanto aquí como allá, consiste en una misma caridad»* ⁷.

Con esta luz, sin duda, se entiende el discurso que hace dicho documento sobre la importancia del compartir los carismas y de la comunión entre los mismos. Y que, a su vez, se llegue a afirmar que los laicos puedan compartir no sólo la misión, sino también, y sobre todo, las espiritualidades de los consagrados. Sin ignorar, a su vez, el hecho de que, en el momento actual, hay consagrados que participan de la vida y espiritualidad de los nuevos movimientos eclesiales ⁸.

Las espiritualidades, en cuanto que son lecturas existenciales del evangelio, no tienen por qué estar vinculadas exclusivamen-

te a uno u otro estado de vida en la Iglesia. En ese sentido sirven también para acoger dentro de sí y aunar a gentes de las más variadas vocaciones y estados de vida.

No se ha de olvidar, por otra parte, que los carismas alcanzan su plenitud en la comunión dentro del Cuerpo de Cristo, es decir, en el darse y recibirse dentro del mismo. En esa línea el documento de la CIVCSVA *Caminar desde Cristo* (2002) da quizá un paso adelante al subrayar la importancia y positiva fecundidad eclesial del diálogo y del compartir entre los carismas antiguos y nuevos; lo cual se explica después indicando que esto no se ha de entender sólo respecto del diálogo y de la relación positiva entre los diversos carismas de vida consagrada, sino también entre estos y las nuevas formas de vida evangélica y los movimientos eclesiales ⁹.

Las claves de un proyecto

Como su mismo nombre indica, la revista *Unidad y Carismas* nació con el expreso deseo de servir a esta tarea tan importante en la vida de la Iglesia de la que venimos hablando, y sobre la que el magisterio en varias ocasiones ha querido decir una palabra en estos últimos años.

No fue la moda o un puro acto voluntarístico lo que hizo nacer esta revista. En su origen está ciertamente la experiencia del largo camino recorrido hasta nuestros días por religiosos y religiosas que, habiendo entrado en contacto con la espiritualidad del Movimiento de los Focolares casi desde sus inicios, allá por los años cuarenta del siglo pasado, no sólo se han visto iluminados por dicha espiritualidad en sus propios carismas sino que, a su vez, han sentido la importancia de vivirlos en la unidad, es decir, en la donación y comunión recíproca ¹⁰.

Fue la misma Chiara Lubich, fundadora del Movimiento de los Focolares, la que impulsó a dichos religiosos a compartir con to-

dos, empezando por la misma Obra de María, las riquezas de sus propios carismas, vistos, desde luego, con una nueva mirada, la de la luz de Jesús en medio de ellos. Esto es lo que, por ejemplo, les decía a un grupo de religiosos en abril de 1968: *«La Obra de María para poder tener un propio pensamiento que sea capaz de ser la luz que atraiga al hombre de hoy tiene que ponerse a estudiar, a confrontarse, a consultar, a conocer todas las demás escuelas, de manera que en todas logre captar lo que hay en común con nuestro modo de ver las cosas. Será una doctrina que contendrá todas las demás, pero será también una doctrina totalmente nueva. No se trata de elaborar una síntesis, sino que, estudiando las otras doctrinas y en contacto con ellas, se pondrá de manifiesto la nuestra, que será una nueva floración, en el campo intelectual, de Jesús Abandonado y de Jesús en medio»*¹¹.

En ese mismo encuentro, Ch. Lubich concretó de la siguiente manera la aportación que podían dar los religiosos a partir de las riquezas de sus propios carismas y espiritualidades: *«Se da por supuesto, naturalmente, que estas cosas se han de elaborar teniendo en cuenta Jesús en el religioso. Por lo tanto que éste sea capaz de ver ya las cosas con una mirada nueva. Pero, dándolas, se verán también a la luz de Jesús en medio, por lo que serán más plenamente válidas para todos (...). Para llegar a esto se necesita mucha escucha recíproca; saber tener Jesús en medio, para que lo que llegue a formularse sea de verdad patrimonio de todos»*¹².

Algunos años más tarde, hablando de la importancia de la sabiduría y del estudio en la Obra de María, Chiara Lubich hizo la siguiente reflexión referida a los religiosos y sus espiritualidades propias: *«Otra cosa cierta es esta: si es verdad, como es verdad, que en los religiosos del Movimiento vemos como posible la coexistencia en unidad de dos espiritualidades, la suya propia y la nuestra (...), y si es verdad que constatamos en la nuestra la posibilidad de juntar en una profunda unidad personas llamadas por Dios a vivir caminos diferentes, esto quiere*

*decir que la doctrina de la unidad y de Jesús Abandonado no sólo no se opone a las otras ya existentes en la Iglesia, sino que quizá está llamada a hacer de las mismas una síntesis especial, una síntesis mariana»*¹³.

No cabe duda de que María, la madre de Jesús y nuestra madre, tiene mucho que ver con esta realidad de la que aquí se habla, porque está claro que junto a ella ninguna espiritualidad verdaderamente evangélica se puede sentir extraña.

Muchas moradas, pero una misma casa

Esto es lo que Jesús nos dijo: que en la casa de su Padre había muchas moradas (cf. Jn 14, 2). Muchas moradas sí, pero una misma casa: la del Padre de todos, donde todos sus hijos tienen un sitio. Así es la casa del Padre, y así es la casa de la Trinidad, dentro de la cual estamos llamados a vivir a imagen de la Trinidad, en relaciones recíprocas de entrega total y de acogida del don que los otros son para cada uno de nosotros.

Los que participamos en la elaboración de *Unidad y Carismas*, que cuenta con ediciones en varias lenguas, somos bien conscientes de que existen, gracias a Dios, muchas otras revistas que tienen como finalidad reflexionar sobre la vida consagrada en

«En este exilio la Iglesia está aún en camino y, si puedo decirlo así, es plural: una pluralidad múltiple y una unidad plural. Y todas nuestras diversidades, que manifiestan la riqueza de los dones de Dios, subsistirán en la única casa del Padre que contiene tantas mansiones. Ahora hay división de gracias, entonces habrá una distinción de glorias. La unidad, tanto aquí como allá, consiste en una misma caridad».

general y sobre su misión en la Iglesia y en el mundo de nuestro tiempo, con su gran variedad de retos y tareas. Y también sabemos que muchas familias religiosas, sobre todo las de una más larga tradición espiritual, suelen tener sus propias revistas en las que van proponiendo y profundizando los elementos más importantes de la propia espiritualidad. Pero somos igualmente conscientes de que hay lugar para una aportación en la línea de lo que Chiara Lubich sugería en los textos antes citados.

Pretendemos que las páginas de esta revista y los trabajos que en ella se publican nos sirvan en primer lugar a nosotros mismos como palestra donde ir plasmando nuestra reflexión sobre la vida consagrada hoy, siguiendo la inspiración espiritual que Dios dio a la Iglesia de nuestro tiempo a través de Chiara Lubich y su carisma de la unidad.

Pero además, desde esa misma perspectiva, queremos mirar las riquezas de todos los demás carismas que Dios ha ido dando a la Iglesia a lo largo de los siglos y en el momento actual, y así volverlos a contemplar y proponer al hombre y al creyente de nuestros días con nueva fuerza y nueva luz. Para nosotros todos son importantes: tanto los considerados como más grandes como aquellos más sencillos. *«El mismo Espíritu Santo –dice la ‘Lumen Gentium’– no solamente santifica y dirige al Pueblo de Dios por los Sacramentos y los ministerios y lo enriquece con las virtudes, sino que ‘distribuye sus dones a cada uno según quiere’ (1Cor 12, 11), reparte entre los fieles de cualquier condición incluso gracias especiales, con que los dispone y prepara para realizar variedad de obras y de oficios provechosos para la renovación y una más amplia edificación de la Iglesia según aquellas palabras: ‘A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad’ (1Cor 12,). Estos carismas, tanto los extraordinarios como los más sencillos y comunes, por el hecho de que son muy conformes y útiles a las necesidades de la*

*Iglesia, hay que recibirlos con agradecimiento y consuelo»*¹⁴.

Las familias religiosas por lo general están llenas de figuras ricas de estos dones de Dios: empezando generalmente por los propios fundadores y fundadoras, seguidos después por otros muchos, algunos más famosos y otros menos según las circunstancias. Reconocer todos los dones de Dios es fun-

«Otra cosa cierta es esta: si es verdad, como es verdad, que en los religiosos del Movimiento vemos como posible la coexistencia en unidad de dos espiritualidades, la suya propia y la nuestra (...), y si es verdad que constatamos en la nuestra la posibilidad de juntar en una profunda unidad personas llamadas por Dios a vivir caminos diferentes, esto quiere decir que la doctrina de la unidad y de Jesús Abandonado no sólo no se opone a las otras ya existentes en la Iglesia, sino que quizá está llamada a hacer de las mismas una síntesis especial, una síntesis mariana».

damental para nosotros, pero para eso es igualmente importante la actitud de total acogida del don del otro, en el total desprendimiento, silencio interior e incluso olvido, si se puede decir así, del propio don, porque sólo así nos parece que esta relación trinitaria entre los diversos carismas es posible y es fecunda para la Iglesia y para cada uno de nuestros propios carismas y espiritualidades.

Nuestra revista está pensada sobre todo desde la vida consagrada, pero somos conscientes de que esas riquezas carismáticas de las que hablamos no pertenecen sólo a los consagrados o a los más directamente llamados a vivir una de esas formas de vida y espiritualidad evangélica, sino

que están destinadas a ser patrimonio vivo de otros muchos en la Iglesia. Por lo mismo podemos decir que *Unidad y Carismas* mira, sí, a la vida consagrada, pero no de forma exclusiva; que pretende ser una revista sobre todo eclesial, que promueva el conocimiento y la acogida del don divino que son todos y cada uno de los carismas que Dios ha ido dando a la Iglesia a lo largo de los siglos.

Pero además nos gusta hacer lo posible para que nuestra mirada no se limite a contemplar sólo las riquezas de esos carismas en el pasado, sino que también se extienda a cómo se viven o pueden vivir dichas realidades carismáticas en el presente desde una espiritualidad de comunión. De ahí las dos secciones que procuramos mantener siempre en cada uno de nuestros números: “Testigos” y “Experiencias”.

En la práctica los religiosos quizá durante mucho tiempo nos hemos acostumbrado a vernos demasiado separados unos de otros, como autosuficientes, cuando no como adversarios. Esta mirada de cierta desconfianza no siempre está ausente tampoco incluso en nuestros días. Esto último quizá hoy no tanto frente a los diferentes carismas de la vida consagrada, aunque sí ciertamente en ocasiones respecto de los nuevos carismas que Dios ha mandado a la Iglesia en los últimos tiempos.

El reto que se nos presenta en el momento actual es el de volver a las fuentes de todo carisma. No sólo a las fuentes del propio carisma, sino también a la de todo verdadero carisma, es decir a Dios, a Jesucristo, al Espíritu Santo. Y esto será posible en la medida en que seamos capaces de reconocer en los otros carismas al mismo Dios que ha inspirado el mío, aquel al que me siento llamado. En cada caso a través de un fundador o fundadora concretos y en un tiempo y espacio concretos, pero no sólo para ese tiem-

po y ese espacio, ni sólo para el grupo de sus propios seguidores.

Habría, sin duda, que universalizar y globalizar más los carismas. Pero no sólo en el sentido de hacer que estén presentes en todos los rincones del mundo, sino, sobre todo, procurando que cada uno de ellos sea capaz de verse más en el conjunto de los otros dones del Cuerpo de Cristo, con ellos, junto a ellos, y no sin ellos, porque sólo así se podrán entender a sí mismos de una forma adecuada.

Mi experiencia personal como cristiano y como religioso tiene mucho que ver con todo esto. El carisma de Chiara Lubich, con su lema inspirador “que todos sean uno”, me metió en el corazón, hace ya algunos años, que sólo así, desde la perspectiva aquí descrita, desde el llevar a todos dentro, puedo ser verdaderamente fiel a mi vocación de carmelita en la Iglesia de Dios.

¹ Teresa de Jesús, *Camino de perfección*, 40, 3.

² Cf. entre otros: *Mt* 6, 19-21; 19,16-30; *Lc* 12,33-34; 18,18-30; *Hch* 2, 42-47; 4, 32-35; *Rm* 12, 3-13; 15, 25-33; *1 Cor* 12-14; *2 Cor* 8-9; *Gál* 6,6-10; *Fil* 2, 1-11; 4,10-20; *1 Ts* 5,11-22; *St* 3,13-18; 4,13 – 5,6; *1 Pd* 4,7-11.

³ Cf. Juan Pablo II, *Vita Consecrata*, 3.

⁴ Vaticano II, *Lumen Gentium*, 4.

⁵ Juan Pablo II, *Vita Consecrata*, 1 y 3.

⁶ Juan Pablo II, *Vita Consecrata*, 2.

⁷ San Bernardo, *Apología a Guillermo de Saint Thierry*, IV, 8: PL 182, 903-904; Juan Pablo II, *Vita consecrata*, 52.

⁸ Cf. Juan Pablo II, *Vita Consecrata*, 46-58.

⁹ Cf. CIVCSVA, *Caminar desde Cristo*, 30; cf. 28-32.

¹⁰ Cf. F. Ciardi, *Los religiosos en la Obra de María*, en *Unidad y Carismas*, 59 y 60 (2006) 38-40 y 25-40; C. Donegana, “*Far circolare l’Amore*”; *storia di Chiara con i religiosi*, in *Unità e carismi*, 1-2/19 (2009) 52-59.

¹¹ Texto inédito.

¹² *Ibidem*.

¹³ Ch. Lubich, *Inaugurazione dell’Università Popolare Mariana*, 15 ottobre 1980 (texto inédito).

¹⁴ Vaticano II, *Lumen Gentium*, 12.

Clara Luce Badano. Una obra maestra de Dios.

Mariagracia Baroni

Clara Luce, una chica de dieciocho años, muerta de cáncer en 1990, fue beatificada el 25 de septiembre de 2010 en el Santuario del Divino Amor de Roma, tras haberle sido atribuida la curación de un muchacho de Trieste (Italia). Es el primer miembro del Movimiento de los Focolares que alcanza este reconocimiento oficial de la Iglesia.

DEMOS gracias a Dios por esta luminosa obra maestra suya», había escrito Chiara Lubich en un telegrama a Ruggero y María Teresa Badano, después de la marcha al cielo de su hija Clara.

La fama de santidad de esta joven, difundida de un modo asombroso desde el momento de su enfermedad, testimonia lo universal que puede ser un mensaje que llega a laicos, sacerdotes y religiosos, e incluso de no creyentes, no obstante una enfermedad incurable que te arranca, en breve tiempo, del afecto de tus seres queridos y de tus proyectos.

Sin embargo, Clara Luce hoy está más viva que nunca; ella, que había decidido vivir el futuro destilándolo de momentos presentes hasta la muerte, en un ejercicio en el que se había entrenado desde su más tierna infancia ¹.

Una competición de amor

Clara Badano nace en Sassello (Savona-Italia) el 29 de octubre de 1971, después de una larga espera de once años. Crece entre el afecto de sus padres, muy atentos a su educación cristiana, y con el cariño de una familia que se prolonga en los tíos y abuelos. Desde sus primeros años, muestra un carácter generoso y sociable, al mismo tiempo que fuerte. Sólo cuenta cuatro años cuando un día su madre le pregunta si quiere rezar con ella; a su negativa, María Teresa le responde: «Entonces yo rezaré también por ti». Y un momento después oye a Clarita que recita las oraciones con ella.

A los ocho años escribe en una cartita para el año nuevo: «También yo le pido al Señor que bendiga el año recién nacido; también yo espero los dones preciosos de la bondad, de la fuerza y la paz. Sé que el tiempo es un don de

Dios, sé que cada hora del día es una monedita que hay que emplear con juicio y con bondad». Entre ella y su madre existía cada día una especie de competición sobre quién hacía más actos de amor. Y, como cuenta María Teresa, «al final del día, ella siempre había hecho más que yo».

Una vida nueva en familia

En 1981 tiene lugar su encuentro con el Movimiento de los Focolares. Unos amigos invitaron a la familia Badano al Family-fest ², que se celebró en el Palaeur de Roma. Este encuentro marcó, para ella y para sus padres, el comienzo de una vida nueva a la luz del ideal de la unidad. Clara, que entonces tiene nueve años, se une desde el primer momento a las gen-3 ³ de la zona de Savona y de Génova.

En este período dirige su primera carta a la fundadora del Movimiento: «Queridísima Chiara Lubich: Lo primero de todo me presento. Soy una niña de casi diez años, me llamo Chiara como tú, vivo en un pueblecito llamado Sassello, provincia de Savona. Yo te conozco porque el 3 de mayo fui con mis padres a Roma, al congreso de las familias, y en medio de toda aquella gente, lo gré verte con unos anteojos.

Este año he tenido la suerte de participar en mi primera Mariápolis ⁴. No fui con mis padres, sino que elegí ir con las gen 3 a un santuario muy bonito llamado de la Virgen del Pozo. Cuando mi mamá me dejó, estaba un poco preocupada y me dijo: 'Chiara, ahora estás sola, así que trata de portarte bien'. Pero yo le respondí: 'Mamá, no estoy sola, porque está Jesús'.

Las niñas que conocí eran buenas, amables, distintas de las del colegio, y hemos tratado juntas de vivir por Jesús. También he hecho una pequeña experiencia, prestando mis zapatos a una niña que tenía que subir al escenario para contar su experiencia a la Mariápolis de los adultos. Te abrazo fuerte, fuerte. Chiara».

Y a los doce años, durante su primer congreso gen-3, la elección de Jesús crucificado y abandonado como “esposo de su alma”: «Antes lo vivía más bien superficialmente, y lo aceptaba para esperarme después la alegría. En este congreso he comprendido que estaba totalmente equivocada. No tenía que instrumentalizarlo, sino amarlo y basta. He descubierto que Jesús abandonado es la llave de la unidad con Dios y quiero elegirlo como mi primer esposo y prepararme para cuando venga. ¡Preferirlo!».

En noviembre de 1985 comunica en una carta a Chiara Lubich el descubrimiento del Evangelio vivido: «He comprendido que no era una cristiana auténtica porque no lo vivía hasta el fondo. Ahora quiero hacer de este magnífico libro el único fin de mi vida. No quiero ni puedo permanecer analfabeta de un mensaje tan extraordinario. Así como para mí es fácil aprender el alfabeto, así también debe serlo vivir el Evangelio».

Una chica normal

La adolescencia transcurre tranquila entre los amigos y el deporte que le encanta, en particular el patinaje y la natación, pero también disfruta con el tenis. A menudo se acerca a una residencia de ancianos que

Cuando vuelve a casa, va seria, con la vista baja, no quiere responder ni a la inquietud de su madre. Se echa en la cama y permanece así, en silencio, sola durante veinticinco minutos; luego, se gira de repente y dice a su madre: «Ahora ya puedes hablar». En aquellos momentos le dijo a Jesús su sí y ya no se volverá atrás, respondiendo desde entonces a cada suceso con un ofrecimiento decidido: «Si lo quieres tú, Jesús, también lo quiero yo».

dista poco de su casa, donde hay una viejecita con la que establece una relación muy especial.

Por razón de sus estudios, en 1985 la familia decide trasladarse a Savona, donde Clara acaba de matricularse en el liceo clásico, aunque ella no quiere marcharse del pueblo y tiene que llegar a un acuerdo con sus padres de volver todos los fines de semana a Sassello, porque allí puede volver a estar con sus amigos.

Clara se aplica mucho al estudio, lo cual no le evitará suspender el cuarto curso de instituto a pesar de las vivas protestas de todos sus compañeros, porque no se lo merecía. Un año después recuerda esto en una carta a su amiga Marita: *«Para mí fue un dolor grandísimo. Al principio no lograba darle este dolor a Jesús. Ha hecho falta tiempo para sobreponerme un poco, y todavía hoy, cuando a veces lo pienso, me vienen ganas de llorar. Es Jesús abandonado»*.

Es fuerte en ella el deseo de comunicar con su vida y con gestos concretos la elección que ha hecho de Dios, hasta el punto que a la pregunta que una vez le dirige su madre: *«¿Hablas alguna vez de Dios con tus amigos?»*, ella responde: *«Lo importante no es hablar de Dios. Yo tengo que darlo»*.

Veinticinco minutos

El verano de 1988 toca a su fin. Clara está jugando al tenis cuando siente un dolor tan fuerte en el hombro, que no puede seguir con la raqueta en la mano. Al comienzo, los médicos piensan en una fractura y la vendan. Pero luego, como cuenta Ferdinando Garetto, amigo de Chiara y entonces estudiante de medicina, *«un día, ella misma coge el teléfono y llama a los médicos, pidiendo que le hagan un TAC, porque no veía mejoría y los dolores empezaban a agudizarse. Tenía 17 años»*.

El diagnóstico resultante de las diversas pruebas es un osteosarcoma localizado entre el hombro y la espalda, un tumor enton-

ces imposible de curar. Después de una primera intervención quirúrgica, dolorosa, empieza a comprender que debe tratarse de algo extremadamente serio. Pide el diagnóstico al médico y así descubre lo que tiene.

Cuando vuelve a casa, va seria, con la vista baja, no quiere responder ni a la inquietud de su madre. Se echa en la cama y permanece así, en silencio, sola durante veinticinco minutos; luego, se gira de repente y dice a su madre: *«Ahora ya puedes hablar»*. En aquellos momentos le dijo a Jesús su sí y ya no se volverá atrás, respondiendo desde entonces a cada suceso con un ofrecimiento decidido: *«Si lo quieres tú, Jesús, también lo quiero yo»*.

La relación especial con sus padres, fundamentada en una profunda relación de unidad, acompaña a Clara durante todo el transcurso de la enfermedad. Existe una tal atmósfera que el obispo de Acqui Terme, Mons. Maritano, que después incoará el proceso de beatificación, percibe inmediatamente y que no duda en definir como un “milagro”.

Recuerda Ruggero, su padre: *«En la enfermedad hemos visto la mano de Dios: he descubierto una hija nueva, desconocida. La relación que hemos tenido con Jesús nos ha ayudado a dar los pasos interiores necesarios. En una ocasión, Clara, después de una meditación que hicimos juntos, dijo: ‘Cuando tenemos la presencia de Jesús entre nosotros, somos la familia más feliz del mundo’»*.

«Yo lo tengo todo»

El mal avanza y Clara, con grandes dolores, pierde también el uso de las piernas, que la confina a la inmovilidad. *«Yo acababa de recibir la noticia —dice Garetto—. Corro rápidamente a su casa pensando en cómo podría sentirse, y, en cambio, entro en su habitación, y ella me recibe con un ‘¡ciao!’ y me pregunta por el examen que estaba preparando»*.

Estando un día en el hospital de Turín para una inyección que atenuara las fuertes contracciones en las piernas, recibe la visita de «una señora hermosísima» que la toma de la mano y la anima. Cuenta este episodio en una cinta grabada para sus amigos los gen, describiendo que le había invadido una alegría indescriptible que ella define «un mo-

Sus últimas palabras son para su madre: «Adiós. Sé feliz, porque yo lo soy». Y cuando su padre le pregunta si estas palabras también valen para él, ella le aprieta la mano. Sus córneas fueron trasplantadas y hoy dos jóvenes pueden ver por ella. Varios miles de personas acuden a darle el último adiós y su funeral es una fiesta, porque el paraíso está presente en Sassello.

mento de Dios profundísimo». Una señora que nadie había visto entrar; ni siquiera sus padres, que se encontraban en la antesala.

Entretanto celebra sus 18 cumpleaños. El dinero que recibe con este motivo de familiares y amigos (unos mil euros de ahora), lo entrega a G. Piccardo, un amigo suyo, a punto de partir para Benin, a una misión de excavación de pozos de agua potable. Y le dice. «A mí no me sirve; yo lo tengo todo».

Las curas ya no surten ningún efecto. Escribe a Chiara Lubich: «Te informo un poco sobre mi estado de salud. He suspendido el tratamiento de quimioterapia a la que me había sometido, porque ha resultado inútil continuarlo: ningún resultado, ninguna mejoría. ¡La medicina ha depuesto las armas! Sólo Dios puede».

Y cuenta Garetto: «En el expediente clínico de Clara se lee: 'En junio de 1990, la paciente telefonea y pide interrumpir la quimioterapia... También decide rehusar la morfina. Dice: 'Quita la lu-

cidez y yo sólo puedo ofrecer a Jesús el dolor. Sólo me ha quedado esto. Si no estoy lúcida, ¿qué sentido tiene mi vida?». Clara sigue haciéndose muy presente, tanto a sus amigos como a los gen, aunque sólo sea con breves notas, para permanecer en viva comunión con los demás.

Un nombre nuevo

Chiara Lubich le da un nombre nuevo: «'Chiara Luce' es el nombre que he pensado para ti; ¿te gusta? Es la luz del ideal que vence al mundo. Te lo envío con todo mi afecto».

Llegan los últimos días, y Clara Luce se pregunta: «¿Por qué no viene Jesús todavía?». Decide prepararlo todo para su "fiesta nupcial" con Jesús, como dice ella. Elige con su amiga Chicca los cantos, su vestido de novia, incluso cómo la tiene que maquillar. Y dice a su madre: «Estate cerca de papá, no sea que en la misa se eche a llorar y haga ruido».

Muere el domingo 7 de octubre de 1990, a las cuatro de la mañana. Sus últimas palabras son para su madre: «Adiós. Sé feliz, porque yo lo soy». Y cuando su padre le pregunta si estas palabras también valen para él, ella le aprieta la mano. Sus córneas fueron trasplantadas y hoy dos jóvenes pueden ver por ella. Varios miles de personas acuden a darle el último adiós y su funeral es una fiesta, porque el paraíso está presente en Sassello.

La beatificación

En los años sucesivos, son muchas las personas que se llegan a su tumba y se congregan el día del aniversario de su muerte.

El proceso diocesano para la beatificación se emprende por voluntad de Mons. Maritano, obispo de la diócesis, en junio de 1999, después de un período de reflexión y de estudio de «lo que sucedería después de su muerte», afirma.

El 3 de julio de 2008, el papa promulga el decreto de la venerabilidad de la Sierva de

Dios Clara Badano por haber ejercitado las virtudes en grado heroico. Chiara Lubich participa en esta fase del proceso, enviando su propio testimonio, incluido luego en la “relatio” (documento redactado por los consultores teólogos), recordando que Clara Luce había asimilado los diez puntos fundamentales de la espiritualidad del movimiento: *Dios amor, hacer la voluntad de Dios, Palabra de vida vivida, amor al prójimo, amor recíproco, la unidad y Jesús presente, María, la Iglesia y el Espíritu Santo*. Pero, de una manera muy especial, la joven experimentó «*Jesús abandonado, llave de la unidad*»; *lo prefería; lo descubría en los alejados, en los ateos*».

En enero de 2009, un grupo de médicos convocado por la Congregación para las Causas de los Santos para estudiar una curación atribuida a la intercesión de Clara Luce, concluye con la “no explicabilidad” del caso por las solas fuerzas de la naturaleza según los conocimientos médicos.

Se trata de un muchacho de dieciséis años, que había sufrido un ataque de meningitis en 2001. Todos los intentos por salvarlo habían resultado vanos y la situación era gravísima, pues cinco de sus órganos vitales estaban afectados. La madre del muchacho decidió dirigirse a su hermano, adherente del Movimiento de los Focolares, organizando así una cadena de oración para pedir la intercesión de Clara Luce. Se reza durante toda una noche y al día siguiente el muchacho empezó a mejorar.

Promulgado el “decreto del milagro”, se eligió el 25 de septiembre de 2010, para la beatificación en el Santuario del Divino Amor, cerca de Roma, en donde con la asistencia de una gran multitud llegada de todas partes del mundo, tuvo lugar la solemne ceremonia en medio de un clima muy particular de fiesta y alegre juventud.

Al final del día, en el Aula Pablo VI al completo, y, en la plaza de San Pedro a través de pantallas, multitud de jóvenes y menos jó-

venes sienten que Clara Luce está presente y vivísima en la fiesta de cielo conducida por los gen, sus amigos.

El domingo 26 de septiembre, en la basílica de San Pablo Extramuros de Roma, la misa de acción de gracias fue presidida por el Card. Secretario de Estado, Tarcisio Bertone. Al final de su hermosa homilía, quiso anunciar una sorpresa: «*Volviendo del viaje de Gran Bretaña con el Santo Padre, sentado junto a él en el avión, hablamos de Chiara Luce Badano y me dijo que esta Beata nuestra es un ejemplo que hay que tener muy en cuenta para los jóvenes...*».

Luego, antes del rezo del Ángelus, el Papa, refiriéndose a la alegría por esta beatificación, reiteró que ésta es una fiesta para los jóvenes, que pueden encontrar en Clara Luce un ejemplo de coherencia cristiana, invitando a alabar a Dios «*porque su amor es más fuerte que el mal y que la muerte*»; y «*agradecer a la Virgen María que conduce a los jóvenes, aún a través de las dificultades y los sufrimientos, a enamorarse de Jesús y a descubrir la belleza de la vida*».

El 3 de octubre, también el Papa, en un encuentro con los jóvenes y familias en Palermo, hablando nuevamente de ella, les dijo: «*Os invito a conocerla: su vida fue breve, pero es un mensaje estupendo... Ella rebotaba de la luz de Dios. Y esta luz, que viene de la fe y del amor, sus padres fueron los primeros en encenderla...*».

¹ Bibliografía: M. Zanzucchi, *Realizarse a los 18. Vida y huella de Clara Badano*, Ciudad Nueva, Madrid 2010; Franz Coriasco, Clara Badano. “*Chiara Luce*” *vista de tejas abajo*, Ciudad Nueva, Madrid 2010.

² Familyfest: evento internacional organizado por el Movimiento Familias Nuevas.

³ Gen 3: son los jóvenes del Movimiento de los Focolares (entre 9 y 17 años).

⁴ Con el término “Mariápolis” (ciudad de María) se entienden los encuentros anuales del Movimiento de los Focolares, donde las personas se reúnen para vivir la fraternidad que nace de la práctica del amor recíproco.

Encontré la serenidad y la paz

Giovanni Marconcini, i.m.c.

Los frutos y efectos de los “siete aspectos” puestos en práctica. El encuentro con la espiritualidad de la unidad y el descubrimiento de un “juego”. A la búsqueda de una armonía siempre nueva.

SOY misionero de la Consolata y actualmente realizo el servicio de director espiritual en Roma, en el Pontificio Colegio Misionero Internacional San Pablo Apóstol de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos.

El primer contacto

En junio de 1964, en Turín, tuve el primer contacto con la espiritualidad de la unidad, cuando acompañé a un compañero de comunidad a visitar a unos amigos suyos que vivían -me había dicho- como consagrados en el mundo.

La impresión, todavía viva en mi mente, fue la cordialidad con la que me acogieron y la sencillez y el orden que reinaba en la casa. Parecía que todos los pocos muebles estaban en su lugar justo. Me invitaron a un encuentro que tendría lugar durante el verano en Ala di Stura (Turín). Fui y vi mucha

gente de toda condición social, también religiosos de distintas órdenes, y tuve otra vez la misma impresión de serenidad y de paz.

Luego perdí el contacto. Acababa de ser ordenado sacerdote y fui destinado a un seminario menor nuestro como vicerrector. Las actividades me absorbieron como un torbellino.

Después de tres años, inesperadamente fui enviado a nuestra provincia española. Este destino me molestó mucho, porque era lo contrario a lo que se me había propuesto algunos días antes, y me hizo sufrir. Entonces alguien me propuso participar, para superar el derrumbe espiritual, en una Mariápolis, una convivencia estiva del Movimiento de los Focolares.

Quedé impresionado del discurso de una señorita -luego supe que se llamaba Renata- sobre la pasión por la Iglesia, siguiendo las huellas de santa Catalina de Siena. Fui profundamente cogido por sus palabras, tal

vez porque me sentí tocado en mi identidad misionera. En aquel momento comprendí que la espiritualidad de la unidad me ayudaría a ser más misionero y decidí, estando ya en España, permanecer en contacto con el Movimiento.

El encanto de la sabiduría que brotaba de aquella nueva espiritualidad, suscitó en mí la duda de que tal vez yo estaba hecho justamente para ella y que debería dejar mi congregación para unirme a aquellos jóvenes entusiastas. Ellos, en cambio, no tenían dudas y con frecuencia me repetían: «*Tú tienes que ser tu fundador vivo hoy*». Comprendí que viviendo profundamente mi vocación misionera como específica voluntad de Dios sobre mí, me sentiría en casa también en aquella nueva espiritualidad.

El descubrimiento de los carismas

Entonces tomé los escritos de G. Allamano, para ser lo que debía ser y, con mi sorpresa, los redescubrí nuevos e incandescentes, como si fuesen gotas de agua que caían sobre un brasero. Brillaban con una luminosidad totalmente particular. Mi ser misionero, y en concreto misionero de la Consolata, me sentaba bien, como un traje hecho a medida. Era la nueva espiritualidad que había descubierto la que me había hecho redescubrir como nuevo a mi fundador.

Esta espiritualidad partía del descubrimiento de Dios como único Ideal que debía abrazar, que se convertía en mí como un pegamento que unificaba todas mis actividades. Mi fundador repetía con fuerza la misma cosa: «*Solo Dios, solo Dios*». La espiritualidad de la unidad me hacía descubrir la preciosidad del momento presente. Mi fundador me repetía: «*Hic et nunc, nunc coepi*» (aquí y ahora, ahora empiezo).

Viví entonces un período de luz, con gran deseo de leer la vida de los santos, especialmente de los fundadores y fundadoras de

órdenes. Cuántos carismas, cuántos dones otorgados por el Espíritu Santo a la Iglesia en el curso de los siglos. Pero no eran solo los libros los que volvían a proponer ante mis ojos la belleza de la Iglesia. Ella resplandecía cerca de mí, en todos aquellos religiosos que veía en los encuentros que de tanto en tanto el Movimiento organizaba para ellos.

Allí me sentía hasta tal punto parte viva de la Iglesia que tenía la impresión de que todos aquellos carismas, sembrados como otras tantas joyas en su seno, me pertenecían también a mí, que hubieran sido mandados a la Iglesia precisamente para mí. San Francisco, santa Teresa de Jesús, santa Teresita, y tantos otros santos, todos eran un don para mí.

Se me ponían al alcance de la mano para estimularme a ser como ellos. Ninguna de sus espiritualidades era extraña a mi espiritualidad misionera, más aún, la enriquecían y la hacían más fascinante. Desde esta perspectiva, me parecían fuera de lugar aquellas frases dichas por algunos religiosos, como confirmando el exclusivo apego a su orden o instituto: «*A mí me basta con la espiritualidad de mi fundador, no tengo necesidad de otra*». Aun respetando este punto de vista, yo lo sentía reductivo y sobre todo dispersivo.

Ser amor

¡Dispersivo! Sí, porque, sin embargo, poco a poco, casi sin darme cuenta, en contacto con otros religiosos y personas que se adherían a la espiritualidad de la unidad, sentía que dentro de mí todo se recogía en unidad. Incluso la misma espiritualidad misionera, que mis formadores me habían inculcado en los años de formación, ya no era el centro de mi vida, no obstante iba siendo realidad.

Lo importante era amar, tener una profunda relación con Dios amor, no tanto ser

misionero, o ser sacerdote, realizar una determinada actividad, ir o no ir a los deseados territorios de misión. “Siendo amor” era como yo lograba vibrar al unísono con el corazón de cualquier ser humano. Y –aunque parezca extraño– era justamente en ese punto profundo de encuentro con todos donde me sentía también más misionero. Después todo se armonizaba y brotaba de ese centro.

Los “aspectos”

Desde los primeros encuentros con los focolarinos, cuando entre otras cosas admiraba el orden de los ambientes donde vivían, me decían: «*Nuestra vida está organizada según siete aspectos*». No entendía qué querían decir, pero intuía que era algo hermoso y sabio. Lo comprendí más tarde.

El amor invisible del Padre se había hecho visible en Jesús, había tomado un cuerpo. Igual que la luz del sol, filtrándose a través de la lluvia, forma en el cielo el arco iris o, pasando a través de un prisma se refracta en mil matices de colores, pero siendo siempre luz, así el amor –Jesús, la luz verdadera–, encarnándose, ha “coloreado” de amor todas las expresiones de la vida, desde las más simples a las aparentemente más importantes.

Esta intuición de Chiara Lubich me entusiasmó enseguida y me hizo comprender que la unidad, antes de ser la expresión visible de la Iglesia, antes de ser un resultado ecuménico o interreligioso, tenía que conseguirla dentro de mí. Era el amor. Era Jesús dentro de mí. Con ella, toda mi vida tendría sentido. Sin ella, todo sería vano y dispersivo.

Recordé lo que dice el Evangelio: «*Quien no recoge conmigo, desparrama*» (Lc 11, 23b). Lo veía lógico. Mi vida tenía que construirse sobre el amor. Lo esencial era amar, y todo lo demás, cada expresión de mi vocación misionera, o era expresión de

esta actitud de fondo, o era paja que el viento esparce.

La solución de un juego

Comencé a vivir así una aventura extraordinaria, donde todo tiene valor, desde el momento de despertar a la celebración de la misa, o al desayuno, etc. Todos los momentos, desde los más insignificantes, como recoger un papel del suelo; o los más aburridos, como esperar un autobús, hasta los que se consideran más importantes, como una entrevista con alguien o desempeñar un trabajo de responsabilidad, todos son momentos sagrados, expresiones concretas de amor al prójimo, aunque esté ausente, porque a él están destinados.

Y a veces saboreo en el alma un sentido de paz y de gozo como un niño que ha encontrado la solución de un juego. La vida cristiana se reducía a que todo girara en torno al eje de la unidad, sentida dentro de mí.

Y dado que la luz del amor iluminaba con diversos matices de color todos los aspectos de mi jornada, comprendí lo importante que era que hubiese armonía entre ellos. Chiara había intuido que el amor se expresa en siete aspectos principales. Para ser yo esa luz, todos los aspectos debían estar presentes. Si un aspecto hubiese dominado sobre los demás, intuía que ése ya no era una expresión del amor.

Era lógico, pues, encontrar sitio para todos los aspectos en el arco de mi jornada: el trabajo, el testimonio cristiano, la oración y la vida espiritual, el deporte con el debido descanso y el cuidado de la salud, el orden del lugar donde vivía, el estudio y la puesta al día, y, por último, el cuidado de las relaciones con todos, cercanos y ausentes.

Ya es una convicción y una experiencia de muchos años. Aun con mil imperfecciones –cada día descubro nuevas–, siento que esta vida me procura equilibrio, armonía,

paz, modera mis alegrías y suaviza mis sufrimientos.

En varias circunstancias, me he encontrado en contacto con jóvenes, por ejemplo en España o en Kenya o en los Estados Unidos. Siempre se han sentido felices, cuando tenía la oportunidad de explicarles la vida según estos siete aspectos armonizados por el amor. Era como si se encendiese una luz en sus corazones y comprendían inmediatamente cómo ordenar su vida.

En Kenya, por varios años, tuve ocasión de enseñar Historia de la Filosofía. Durante tres cursos me pidieron que también enseñara Estética. Me preparé para exponer la materia con entusiasmo. Recuerdo que, explicando los criterios objetivos y subjetivos para definir a una cosa “bella”, me vinieron a la mente estos aspectos, pero sería demasiado largo explicar cómo.

Un equilibrio siempre nuevo

Desde hace más de quince años me encuentro en Roma. Doce los he pasado en instituciones académicas de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos. Nunca me he sentido un misionero fracasado; al contrario, me siento más misionero que nunca, y misionero de la Consolata, porque estoy inserto en el corazón de la Iglesia misionera.

Os cuento una breve experiencia. Llevaba ya varios días que, por el cansancio del trabajo (era secretario general de la Pontificia Universidad Urbaniana), descuidaba los rezos comunes con mi comunidad. Prefería quedarme solo en el cuarto, pero me di cuenta que algo no funcionaba y que mi vida espiritual se enfriaba.

Un día me hice el propósito de participar en la oración común. Era jueves y había adoración eucarística. En el silencio, delante de Jesús eucaristía, intuí el error en el que había incurrido. De una manera abso-

lutamente nueva, comprendí la sabiduría de mi fundador, Allamano, que había deseado marcar nuestra vida diaria con un ritmo hecho de oración, estudio, recreación, descanso, etc. De aquella experiencia nació luego una reflexión que tuve ocasión de compartir con diversas comunidades religiosas, titulada «*Volver a encontrar el equilibrio*». Sobre todo creció en mí la gratitud a Dios por haberme querido en los Misioneros de la Consolata.

Un arco iris de carismas

En contacto con los otros religiosos que comparten esta espiritualidad de la unidad, vuelvo a descubrir la misma Iglesia cada vez más hermosa, revestida de todos los carismas que nuestros fundadores y fundadoras le han dejado en herencia.

Hay carismas que resaltan la oración, otros el anuncio evangélico, otros las obras de misericordia, otros el estudio y la enseñanza, y otros la comunicación.

Todos estos carismas, como dones de luz provenientes del único Espíritu, componen en la tierra un magnífico arco iris, como confirmando y testimoniando que, con la colaboración de todos se puede transformar nuestra atormentada familia humana en una nueva familia que se parezca cada vez más a la del cielo: «*Así en la tierra como en el cielo*» (Mt 6, 10).

¹ Renata Borlone (1930-1990), sierva de Dios. Nació el 30 de mayo en Aurelia, cerca de Roma. A los 19 años conoció a Chiara Lubich. Desde 1967 fue responsable de Loppiano (Incisa Valdarno, Florencia), ciudadela internacional del Movimiento de los Focolares. Murió el 27 de febrero. Fue sepultada en el Santuario de María Theotokos en Loppiano.

«Fui forastero y me acogisteis»

Alois Schlachter, c.pp.s.

El año 2009, cuatro Misioneros de la Preciosa Sangre –dos españoles, un italiano y yo, que soy alemán–, dimos comienzo a la formación de una “comunidad internacional para servicio de los inmigrantes”, poniendo por obra el proyecto que hacía cinco años habían aprobado los delegados de las provincias europeas de nuestra congregación,

COMENZAMOS en Orcasitas, un conocido barrio de Madrid, porque los hermanos españoles ya tenían allí experiencia y práctica en este campo de trabajo. En CONFER (Conferencia española de religiosos) se nos orientó para entrar en contacto con los jesuitas y, a través de ellos, empezamos a trabajar en el CIE (Centro de internamiento de extranjeros).

En España hay 9 de estos centros, y un total de 300 en Europa; pero los reglamentos son distintos según el país. Un inmigrante “sin papeles” puede ser detenido hasta 60 días, según la ley de extranjería española. Interesarme por la situación de esas personas, estar cerca de ellas, intentar alguna solución si era posible... Este ha sido el ámbito normal en el que me he movido durante un año.

Anteriormente desempeñé labores pastorales como párroco de una parroquia más bien burguesa en la ciudad de Salzburgo (Austria). Por lo mismo mi nuevo trabajo en Madrid me supuso un cambio radical. Tal

vez parezca algo increíble, pero el mayor tiempo de mi trabajo consistía en tener que esperar. A veces he tenido que esperar más de dos horas para poder visitar a un detenido en el centro. Y luego, el tiempo concedido para poder hablar con uno de estos retenidos no podía exceder los 15 minutos.

En todo momento ha sido una ocasión para mí de vivir la palabra de Jesús: «*Estaba encarcelado y vinisteis a verme*» (Mt 25, 36); y también: «*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*» (Mt 22, 39). Muchas veces me he hecho esta reflexión: si yo estuviese detenido aquí dentro, sin recibir una visita, sin poder hacer nada por encontrar una solución, cómo me alegraría poder recibir la visita de alguien, de cualquiera que me hablara y mostrara su interés por mí.

Con frecuencia no se puede hacer mucho por estas personas: cubrir alguna necesidad material perentoria, pero pocas veces es posible establecer un contacto con alguno de los abogados de Pueblos Unidos, ONG de

los jesuitas. La mayoría de las veces la visita servía únicamente para hacer sentir a la otra persona que no estaba sola, darle conversación, escucharla...

Allí, esperando bajo la única carpa llena de gente, hay que sufrir el calor del verano y el frío del invierno, haciendo cola con familiares y amigos, que también esperan ver a los suyos. He tenido que esperar mi turno como uno más de ellos, y ser así también solidario, compartir una situación de sin-sentido, de angustia, de horror. Lejos han quedado los éxitos de cuando era párroco, cuando mis antiguos feligreses me agradecían lo que les comunicaba en las homilías. Ahora mis homilías eran éstas: estar junto a esa gente y, por mi parte, sentirme contento de poder estar allí con ellos.

Ha habido otro aspecto en este trabajo: el contacto con los policías. Entre ellos los hay amables, pero no todos son así.

Mi vida diaria no la ha llenado únicamente este trabajo pastoral de servicio a los inmigrantes. Mi estancia en España ha tenido también otro aspecto a tener en cuenta: el de formar parte de una comunidad internacional. Y esto tampoco es fácil. Sobre todo al principio supuso un verdadero desafío para mí: la lengua, tratar de entenderme con pocas palabras, estar atento a la sola percepción, una vida con ritmos y costumbres muy distintas...

Por ejemplo, la liturgia siempre ha tenido para mí un carácter de "patria", ayudándome a encontrarme "en casa", pero, en la parroquia de aquí, me costó mucho adaptarme. También el pensamiento teológico, con influencia de corrientes creo que excesivamente liberales, ha originado situaciones delicadas. En cierta manera, también me he sentido "inmigrante" en un mundo que por varias causas me resultaba un tanto ajeno. Me encanta predicar, pero lo he hecho muy pocas veces. Al principio por el idioma, después porque yo tenía que ocuparme en otras obligaciones...

En alguna ocasión Chiara Lubich había dicho que "siempre podemos aprender". Ésta ha sido una recomendación muy importante para mí: estar en actitud de "querer aprender", de no juzgar personas o situaciones, sino tratar de aprender amando. ¿Por qué el otro lo hace o lo dice así? He visto que en un año he vivido relaciones buenas, auténticas, con mis hermanos misioneros y también con algunos laicos de la parroquia.

Después de la experiencia de este año, nuestros provinciales europeos han decidido suspender, por falta de miembros, el proyecto de esta "comunidad internacional al servicio de los inmigrantes", y yo vuelvo de nuevo a mi provincia de lengua alemana. Creo que la tristeza de este momento de despedida es un signo de lo que ha madurado entre nosotros, que yo considero un don de Dios.

Viviendo cerca de estos inmigrantes, me pregunté: ¿Con quién puedo compartir mi vida, mi experiencia? Naturalmente, en primer lugar con los de casa, mis hermanos misioneros. Y también con religiosos amigos, de distintas congregaciones, con los que, en reuniones quincenales, he podido compartir mi experiencia y enriquecerla en el espíritu de la unidad.

Pero no todo quedó ahí. Mi vida y experiencia no era sólo mía y para mí. Por eso he escrito un correo circular a mis familiares y amigos de Alemania y Austria, estableciendo con ellos unas relaciones muy bonitas. En un pueblo austriaco organizaron un concierto para informar sobre la situación de los inmigrantes con los que yo trabajaba. La orquesta estaba formada por muchos niños. Se leyó una carta que escribí para el momento y se hizo una colecta para nuestro proyecto.

Desde un punto de vista estratégico o económico, el final de este proyecto podría parecer como un fracaso. Pero creo que ésa no es toda la realidad. Por eso me digo a mí mismo: lo que cuenta y lo que queda es el amor que has sido capaz de dar a los demás.

UNIDAD Y CARISMAS Este binomio nos parece especialmente expresivo. Los carismas emanados del Espíritu que han dado origen a las diferentes familias religiosas no pueden contemplarse prescindiendo el uno del otro. De esto deriva uno de los objetivos fundamentales que se propone la revista: favorecer la unidad entre todos los religiosos, de modo que la diversidad de los dones se traduzca en armonía.

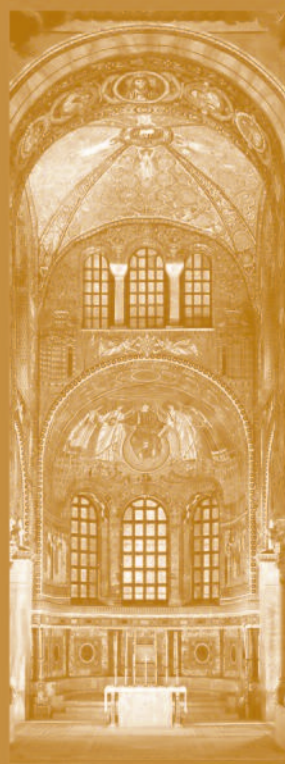
Está escrita por religiosos y religiosas que quieren vivir la reciprocidad de sus propios carismas, poniéndolos al servicio de todos en la Iglesia.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

- | | |
|--|---|
| 30. El amor de Dios Padre. | 54. Caminar con Jesús en medio de los suyos. |
| 31. Vivir a Jesús que ora. | 55. La Eucaristía: llegar a ser Jesús. |
| 32. Propuestas de Pastoral Juvenil. | 56. Carismas para Europa y para el mundo. |
| 33. El Este europeo, más allá de las fronteras. | 57. Religiosos jóvenes en la vida consagrada. |
| 34. Fraternidad. | 58. Jesús abandonado y la vida. |
| 35. Martirio. | 59. La vida consagrada a la luz del carisma de la unidad. |
| 36. El amor sana. | 60. La vida consagrada en el diálogo interreligioso. |
| 37. Asís: diálogo entre carismas. | 61. Vivir la palabra. |
| 38. Esperanzas de inicio de milenio. | 62. La educación a la espiritualidad de comunión. |
| 39. Habitar en armonía. | 63. Sentir a Dios. |
| 40. Evangelizar. | 64. Mi noche no tiene oscuridad. |
| 41. Caminar desde Cristo. | 65. Carismas para la ciudad. |
| 42. Fidelidad. | 66. Misioneros: Evangelio y Cultura. |
| 43. La Sabiduría. | 67. ¿Quién construye la ciudad? |
| 44. Vida religiosa. ¿Respuesta a los signos de los tiempos? | 68. Para ser la palabra viva' |
| 45. De Subiaco a Montserrat. Monaquismo Benedictino en Camino. | 69. Caminando con san Pablo. |
| 46. El amor une. | 70. Chiara Lubich y los carismas. |
| 47. El Rosario, camino de espiritualidad - I. | 71. Siguiendo los pasos de María. |
| 48. El Rosario, camino de espiritualidad - II. | 72. El Dios de Jesús, no otro. |
| 49. La experiencia. | 73. Un sacerdocio para todos. |
| 50. «Sed santos». | 74. Transmitir el carisma. |
| 51. Un camino para la unión con Dios. | 75. Carismas: dones del Espíritu en una Iglesia-comunión. |
| 52. Laicos y religiosos juntos. | 76. En la tierra como en el cielo. |
| 53. La vida religiosa y el corazón inquieto de Europa. | |

Pueden adquirirse al precio de 2 € ejemplar.

NOVEDAD



LA BIBLIA
COMENTADA
POR LOS PADRES
DE LA IGLESIA

ANTIGUO TESTAMENTO

7

JOB

Obra preparada por
MANLIO SIMONETTI Y
MARCO CONTI

Editor general
THOMAS C. ODEN

Director de la edición en castellano
MARCELO MERINO RODRÍGUEZ

320 págs. 35€

LA BIBLIA
COMENTADA
POR LOS PADRES
DE LA IGLESIA

ANTIGUO TESTAMENTO

7

JOB

Obra preparada por
MANLIO SIMONETTI Y
MARCO CONTI

Editor general
THOMAS C. ODEN

Director de la edición en castellano
MARCELO MERINO RODRÍGUEZ

Obras publicadas:

Apocalipsis

Josué, Jueces, Rut, 1-2 Samuel

Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares

Isaías 1-39

Los doce profetas

Santiago, 1-2 Pedro, 1-3 Juan, Judas

Evangelio según san Marcos

Génesis 1-11

Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio

Evangelio según san Mateo 1-13

Romanos

1-2 Corintios

Colosenses, 1-2 Tesalonicenses, 1-2 Timoteo, Tito, Filemón

Génesis 12-50

Evangelio según san Mateo 14-28

Evangelio según san Lucas

Gálatas, Efesios, Filipenses

La Biblia Comentada por los Padres de la Iglesia es una colección que abarca todo el canon de las Escrituras y ofrece a los lectores la oportunidad de acceder a los principales escritos de los Padres de la Iglesia. Siguiendo los libros de la Biblia, cada comentario presta su voz a esas grandes figuras que, durante los siglos de formación de la Iglesia, estudiaron y amaron la Palabra de Dios.



Ciudad Nueva

Adquiéralos en su librería,
en nuestra página web www.ciudadnueva.com
o llamando al teléfono 91 725 95 30